

BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
**PUNTO
ROJO**

cazador de trenzas

peter debry



COLECCION

PUNTO ROJO



PETER DEBRY

CAZADOR DE TRENZAS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 485

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Déposito legal: B 24.587 - 1971

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: agosto, 1971

© PETER DEBRY 1971

sobre la parte literaria

© RAFAEL GRIERA, 1971

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.159. — Pista para pistoleros.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.087. — Pandilleros espectrales.

En Colección BÚFALO:

870. — Grabado al plomo.

En Colección CALIFORNIA:

714. — Dúo para sogá.

En Colección SALVAJE TEXAS:

614. — Legionarios del «Colt».

En Colección COLORADO:

716. — La forajida y el trampero.

En Colección PUNTO ROJO:

457. — Donde la ley no llega.

En Colección ASES DEL OESTE:

374. — «Kentucky Joe».

En Colección KANSAS:

669. — Matón en Malpais.

En Colección BISONTE, SERIE AZUL:

3. — La piel del cazador.

En Colección BRAVO OESTE:

550. — Dos para un patíbulo.

CAPÍTULO PRIMERO

Agnes Duprez bajó el pórtico del cine teatro, deslizó bajo su brazo izquierdo el estuche del violín, mientras quitaba la funda de su paraguas que se dispuso a abrir para protegerse de la nieve.

Una fina nevisca polvorienta caía desde media tarde, sin lograr cuajar en el pavimento de las calles.

En el campanario acababan de repicar las siete y media. Agnes, rubia de ojos gris azul, colgantes las gruesas trenzas, iba a abrir el paraguas cuando se sobresaltó.

El susurro chirriante lo había producido una puerta lateral al deslizarse, y apareció el conserje, calzando zapatillas.

Un individuo flaco, encorvado, de piernas arqueadas. Bajo las hirsutas cejas rojizas y cenizas, un ojo carecía de vida. Era de cristal. El otro chispeaba muy vivo, clavándose en la muchacha, envolviéndola ávidamente.

Agnes se estremeció echando hacia atrás una de sus trenzas que le cosquilleaba la mejilla. Molesta, se ladeó, pero el tuerto, avanzando, le cerró casi el paso.

—Terminó tarde esta noche, señorita Agnes.

—Es que he de estar preparada para el concierto de Navidad, y faltan solamente quince días.

—Usted con su violín es como un ángel. Un verdadero querubín.

—Buenas noches, señor Leonard. Hasta mañana.

—Encantado de verla, señorita Agnes, encantado de veras —dijo el tuerto.

Apresurándose, remontó ella la transversal hacia la calle Mayor, la arteria comercial. Debía ella atravesar toda la ciudad para llegar a la casa en la que vivía con su padre, un comandante viudo y retirado, y una criada sorda que le había servido de nodriza.

Toda la ciudad.

Veintiséis mil seiscientos habitantes. Manufacturas, muebles y

maquinaria para serrerías. Catedral gótica del siglo XIII. Todo ello a unos doscientos kilómetros de París. Para ella, aquella ciudad era como vivir en el fin del mundo.

Desembocó en la calle Mayor. De un extremo a otro, arabescos de neón, escaparates iluminados y pequeños pinos rutilantes de guirnaldas.

Un Papá Noel de roja vestimenta y barba de estopa blanca le deslizó un folleto en la mano.

Gran quincena de Navidades en las Galerías Parisinas.

Juegos y juguetes. Regalos, obsequios.

Un globo por cada cien francos de compra.

Dejó caer el folleto de propaganda en la acera. La llamaban:

—¡Señorita Duprez!

Se volvió. Un hombre acababa de atravesar la calle y acudía hacia ella. El abogado y gestor administrativo Casimir Clement.

Pensó ella que era su noche de mala suerte, aunque no fuera supersticiosa. Después del susto que le dio el tuerto conserje, ahora el abogado bizco.

Pese a sus treinta y cinco años, Clement tenía una tez lívida y granulenta de adolescente prolongado, y su voz era todavía aguda.

—Es una agradable sorpresa verla. —Y señalando el violín, añadió—: ¿Alguna lección a domicilio?

—No. A practicar para el concierto de Navidad.

—Puesto que he tenido el placer de encontrarla, la invito a lo que quiera en el café de los Deportes.

—Gracias, pero esta noche no tengo tiempo.

—¿Prefiere, entonces, que la lleve al Bingo?

Encogió ella los hombros, en gesto de impaciencia.

El Bingo era la única *boite* y sitio mal afamado de la ciudad.

Replicó ella, secamente:

—No quiero que me lleve a ningún sitio.

—Realmente no tengo suerte con usted, Agnes. Otros tienen, sin duda, mejor suerte.

—Por favor...

—Sí, sí. Todo se sabe en una ciudad pequeña como la nuestra. Pero yo soy paciente, muy paciente, y sabré esperar.

—Esto es. Espere. Sentado.

Y sin más, se alejó ella.

Unos pasos más allá, a la altura de la plaza de la República, otro Papá Noel deambulaba. Tambaleándose y oliendo a vino tinto, no podía ya ni distribuir sus folletos que resbalaban uno a uno por entre sus dedos mientras avanzaba titubeante.

Farfullaba incoherencias, y, al pasar por su lado Agnes, silbó antes de gruñir varios calificativos de brutal admiración.

Ella apartó con el codo al individuo, que se agarró con la zurda a un tubo de desagüe vertical para restablecerse en equilibrio, y abandonó a la sucia nieve del suelo el paquete de hojillas malva y naranja.

Poco después, entraba Agnes Duprez en la peluquería Visbal, para damas y caballeros. Tras la caja, asentaba sus reales una valquiria de cabello caoba peinado a la griega, que manifestó, a modo de saludo:

—Espero que no viene a peinarse a esta hora, señorita Duprez.

—Naturalmente que no. Vengo a comprar champú. La misma marca de siempre.

—¡Lucette! Traiga un «Oreal» para la señorita.

La violinista se había librado de su estuche y paraguas para coger dinero en su bolso. Alineaba varias monedas sobre el cristal de la caja.

—¿Cómo va el comandante Duprez?

—Bien, gracias.

—Hace tiempo que no le vemos.

—El reuma. Buenas noches.

Agnes Duprez estaba ya junto a la puerta de salida, cuando a su espalda resonó una risotada campechana. La del hermano de la dueña, Gontran Visbal, peluquero muy experto.

Grueso y siempre de buen humor. Había dejado su bata azul sobre una silla y revistiendo un chaquetón de lana, afirmó:

—He oído su voz y no he podido resistir el placer de verla. Supongo que no pensará ir a pie hasta su casa, con esta nevada.

—Tengo paraguas.

—Y yo mi coche, precisamente delante de la puerta. La llevo a su casa.

—Gracias, pero tengo aún varios recados por hacer.

—No importa. La esperaré.

—¡Gontran! —intervino su hermana—. No seas pesado. Está claro que la señorita Duprez no quiere que la acompañes.

Gontran Visbal abrió la puerta para que, saliese Agnes. A solas con ella, en la acera, adoptó un tono afectuoso:

—¿De veras no me acepta como chófer? Pues hace mal, porque pasado el puente, pataleará en el barro y no está tan cerca ni mucho menos, su casa. Y, además, aislada. ¿No tiene miedo de caminar a solas por allá?

—No. Adiós.

Atravesó ella la avenida hacia la manzana de casas, la última antes del puente. Un barrio mísero, iluminado con avaricia, donde sólo brillaba en la esquina de un callejón el fluorescente violeta del Bingo.

Agnes Duprez distaba unos pasos del local y ya oía el eco amortiguado de risas y charla mezclándose con la música del aparato automático de discos.

Repentinamente, el portante encristalado con cortina de terciopelo violenta se entreabrió y la silueta encapuchada de un Papá Noel se dibujó en el umbral.

El hombre había cerrado el portante tras él, y permanecía en el quicio. Durante un segundo, Agnes sintió miedo y deseo de dar media vuelta. Pero estaba demasiado cerca.

Se limitó a bajar de la acera para distanciarse del hombre cuya mirada veía relucir entre el reborde de falsa piel de la capucha roja y la estopa de los mostachos blancos erizados y la barba en abanico.

El encapuchado emitió un largo silbido admirativo. Nada más.

Ella apresuró el paso. Dos minutos después cruzaba el puente. El río acarreaba pedazos de hielo. Un pájaro negro se elevó de los matorrales de la ribera lanzando un ronco graznido siniestro.

A partir de aquel puente, la noche era ya densa, en tinieblas. Le quedaban todavía cerca de quinientos metros por recorrer en una senda bordeada de setos. De día, el paseo era bonito. De noche, lúgubre.

Sin embargo, aminorando el paso, se detuvo ella junto a un enorme roble que se desparramaba cerca del acceso de la senda.

Al cabo de unos segundos, unos faros perforaron la oscuridad. Por la carretera que flanqueaba el río desembocó de pronto un 2 CV, para inmovilizarse junto a la rubia.

El conductor apagó los faros, quitó el contacto y abrió la portezuela.

CAPÍTULO II

Agnes Duprez se deslizó en el asiento delantero, junto al conductor. Un hombre de unos treinta años, alto, delgado, muy moreno, de facciones estatuarias.

—Tenía miedo de que no vinieses, Robert —murmuró ella.

—No debí venir. Es una imprudencia.

—Antes no decías esto.

—Pero, figúrate que alguien nos vea...

—Y vaya a chismorrear por la ciudad que el profesor de Historia del Lycée Pasteur y la chica Duprez... —ironizó ella con amargura.

—Tú sabes que si mi prometida sospechase algo...

—Tu prometida, tu prometida... Si sospecha o no, me tiene sin cuidado. Además, si vieses las miradas que me echa, comprenderías que sabe lo nuestro. Esta misma noche...

—¿Eh? ¿Hablaste con Jocelyn?

—Ni mucho menos. Pero salía del peluquero cuando la vislumbré, espiándome tras la cortinilla de su ventana. Si sus ojos hubiesen sido pistolas, a esas horas, me entierran.

—Es lógico, si tú la irritas, burlándote de ella...

—No me burlo de ella, ni mucho menos. Pero ¿por qué está siempre espiándome, al amparo de la cortina, cada vez que paso ante su casa? ¿Por qué, dímelo?

—Mujer, yo qué sé. ¿Y qué quieres que haga?

—Así no podemos seguir más, Robert. Es preciso que nos vayamos. Si te he telefoneado para verte, ha sido para que huyamos de este pueblo. Llévame lejos, contigo.

—Chica, no es tan fácil como supones.

—Lo sería si tú quisieras.

Robert Martial no contestó. Extrajo del bolsillo un cigarrillo, encendiéndolo.

—Si no haces nada, Robert, es que ya estás harto de mí.

Protestó él, débilmente:

—Vamos, vamos, Agnes, muchacha...

Ella habló súbitamente, con dureza amenazadora.

—Te lo advierto, Robert, ya estoy cansada. He llegado al límite de mi paciencia. Tengo los nervios deshechos. Sabes perfectamente el estado en que me encuentro, y no quiero esperar a que sea visible para tomar una decisión.

—Es culpa tuya. Te propuse el dinero necesario...

—Claro, porque te interesa mucho el dinero de Jocelyn y casarte con ella, ahora.

—No digas sandeces, y en todo caso, no me hagas a mi responsable de nada.

—Cuidado, Robert. No sabes de lo que soy capaz. Temes al escándalo. Pues lo habrá y descomunal.

—Si nunca... —Y se atajó él.

—Si nunca, ¿qué?

Por unos instantes, en la penumbra del coche, se desafiaron con la mirada. Finalmente, Martial encogió los hombros.

—Después de todo, ¿qué seguridad tengo yo de ser el primero?

La muchacha de dulces facciones se transformó en una tigresa.

—¡Canalla! ¿Cómo... te atreves...?

Avanzó la diestra en garra y sus uñas laceraron la mejilla masculina.

—¡Maldita sea! —imprecó el profesor.

Intentó retenerla, con evidente agresividad.

Pero ella había ya abierto la portezuela, y sin abrir su paraguas, corrió en la noche, bajo la nevisca, en dirección a la senda.

En el coche, Martial, sacando su pañuelo, se toqueteaba la mejilla ensangrentada.

Agnes estaba ya lejos.

Casi sin resuello, temblando de frío y de rabia, medio cegada por la nieve que ahora caía en copos tupidos, avanzaba, cabeza baja, como un autómatas, a pasos nerviosos que le hacían tropezar en las piedras del camino.

Estaba a unos cien metros del lugar donde anidaban entre la vegetación una media docena de casas, entre las cuales pudo ella ver lucir las ventanas de su hogar, cuando tendió el oído.

Le había parecido oír un rumor de pasos muy cerca.

No era miedosa. Se detuvo y se volvió.

Con la esperanza de que Robert Martial, titubeando en meter su coche por el fangal del camino, intentaba ahora alcanzarla, hacer las paces, volver a ser el enamorado que fue.

Escrutando la oscuridad, interpeló ella:

—¡Robert! ¿Eres tú, Robert?

Como respuesta hubo un susurro de ramas apartadas y, bruscamente, vio ella aparecer una sombra inmensa que le interceptaba el paso.

Una sombra que le pareció gigantesca, monstruosa.

La producía la altura de una capucha cubierta de nieve, y la amplitud del casacón rojo de Papá Noel.

Lo único visible, unas pupilas relucientes acechándola fijamente.

Roncamente, indagó ella:

—¿Qué quiere...?

El otro no contestó.

Pero cuando ella intentó zafarse a un lado para escapar, la cogió por un brazo con mano dura, que la hizo gemir dolorida.

—¡Suélteme!

El Papá Noel titubeó unos instantes, aunque sin soltarla.

Y Agnes Duprez, aterrorizada, gritó agudamente:

—¡Auxilio! ¡Socorro!

A partir de entonces, todo transcurrió en forma fulminante.

Una mano se abatió sobre su boca para ahogar los gritos.

La otra soltó su brazo para cerrarse en torno a su garganta.

Ambas manos formaron collar, apretando, apretando espasmódicamente.

Momentos después, Agnes Duprez había muerto.

El desconocido del casacón rojo pareció repentinamente muy desconcertado, al encontrarse de pronto con aquella muñeca de serrín entre las zarpas.

La muchacha se había convertido en un cuerpo desmadejado, blando. Desorbitados los ojos claros y congelada la boca en una mueca horrenda.

Con gestos plenos de ternura, el Papá Noel, tendió el cuerpo en la nieve del camino.

Extrajo un par de tijeras de su amplia vestimenta.

Inclinándose sobre la muerta, le cortó las trenzas, que besó

amorosamente antes de guardarlas en un amplio bolsillo interior.

Al incorporarse, miró en rededor.

No divisaba más que la noche muy negra más allá de la cortina blanca que le rodeaba.

Sin prisas, sin volver a mirar el cadáver tendido, giró sobre sus tacones, reemprendiendo la dirección hacia el puente y la ciudad.

Agnes Duprez yacía sobre el suelo helado, en una actitud de marioneta desarticulada.

Un poco más lejos, al pie del seto espinoso, el estuche del violín empezaba a cubrirse con el sudario de la nieve.

CAPÍTULO III

Ceñida en su abrigo de simili-pantera, con un pañuelo color esmeralda coronado de nieve, aprisionando su copiosa melena rojiza, la joven salió del bar donde acababa de beberse un café y un coñac.

Se dirigía hacia el barrio sombrío que precedía el puente.

Entre dos columnas, sentado en el banco del cobertizo, donde en la tablilla enrejada estaba el horario de autocares, un viejo hablaba solo.

Cuando avistó a la pelirroja, se levantó titubeante y la interpeló con voz lastimera:

—¡Natalia! ¡Natalia!

La joven, sobresaltándose, se volvió rígidamente.

Su tono fue brusco, pero muy claramente aliviado de toda inquietud:

—Vaya, eres tú, Totor.

—Soy yo.

En el banco, junto a un frasco de tinto vacío, unos papeles grasientos rebosaban de pellejos de salchichón.

—Has vuelto a beber como un cosaco.

—Sólo para ayudar el paso de la cena, Natalia, te lo juro.

—Sea lo que fuese, no cuentas conmigo para pagarte otro litro de tintorro. Estoy mal de fondos.

El viejo vagabundo, con un abrigo raído y sin botones, y un pantalón de uniforme militar impregnado de mugre, lagrimeó:

—No se trata de un sablazo. ¿A que no sabes lo que me ha pasado?

—No me sobra tiempo ni me interesan tus historietas.

—Óyeme, escúchame, Natalia. Eres la única que es amable conmigo en este maldito poblacho. Dicen que eres *op*, *in*, y que estás como una cabra, pero tienes un gran corazón, sí, señor, un

gran corazón.

—Lo que sí es verdad, es que tú tienes una melopea de campeonato. Valdría más que volvieres a tu choza y durmieras la mona. Mañana, todo irá mejor... para todos.

—No puedo, Natalia, no puedo. Tengo trabajo.

—Por favor, ¿trabajo, tú? No me hagas reír que tengo grietas en los labios.

—Trabajo, sí, señorita; trabajo —recalcó solemne Néstor.

—¿De esponja bodeguera o de vaciabotellas?

—No te guasees, preciosa. Yo soy Papá Noel.

La pelirroja reprimió un estremecimiento.

—¿Papá Noel? Entonces yo soy Juana de Arco, abuelo.

—No es broma, Natalia, no es broma. Trabajo para las Galerías Parisinas. Distribuyo papelotes disfrazado de Papá Noel. No te rías, mujer. Tengo la edad para serlo, y además, poseo distinción natural.

—Bien, ¿y qué? Yo no soy ninguna chimenea, Papá Noel.

—Pero ¿sabes lo que me ha pasado? Vengo como todas las noches a cenar aquí, que viene a ser algo así como mi pesebre. Lógicamente, me quito la barba y el disfraz para no ensuciar nada. Ale ausento apenas dos o tres minutos para ir a los *Waters*, es decir, aquellos árboles, y cuando regreso, nada de nada.

—¿Cómo, nada de nada?

—Ni disfraz, ni barba. Sobre el banco ya no quedaban más que mi litro y mi salchichón. Y ahora, ¿qué va a ser de mí?

—No te aflijas, Totor, que ya recuperarás tu ropaje. Alguien que habrá querido gastarte una broma, hombre.

Pero en su entonación no había convencimiento. El vagabundo debió darse cuenta, porque masculló:

—Una broma, una broma, ¡narices! Una mala pasada, que me va a costar el empleo y aún peor. Primero, tenía que ir a repartir papelotes a la salida de los cines, esta noche. ¿Cómo voy a presentarme con mis papelotes vestido así? Y, segundo, en las Galerías son capaces de exigirme el monto y coste de la ropa y la barba, denunciarme a la policía, hundirme en la más negra miseria. Es verdad, ¿no? ¿Qué opinas?

—Opino que ya te oí bastante. Me nieva cuello abajo y estoy hecha un polo de gelatina. Espero que no pensabas que te iba yo a pagar otro disfraz, ¿no?

—No, pero tú, que conoces a mucha gente, podrías informarte. Y si te encontrabas con el que me ha jugado esta mala pasada, le dirías que no está bien hacer algo semejante, y le aconsejarías que me devolviese mis instrumentos laborales.

—Esta noche no veo ya a nadie. Me vuelvo a casa y buenas noches. No estoy para músicas ni charlas. Me duele la garganta, creo que incubo un gripazo y no tengo fondos. Suerte, Totor, y si soplases menos tintorros, no te pasarían estas cosas.

Se alejó ella, atravesando la calzada cubierta de nieve fangosa.

Avistó en la esquina la pancarta violeta del Bingo, titubeó un instante, pensando en un *grogg* caliente, pero renunciando, prosiguió caminando, cada vez con paso más rápido.

Llegó a una casa, cuya fachada daba sobre el río. El pasillo, en una de cuyas paredes había cuatro buzones, estaba iluminado por una bombilla muy mancillada por las moscas.

La pelirroja empezó a subir las escaleras.

No había llegado a la altura del primero, cuando un crujido procedente del tramo inferior la hizo volverse.

Bajo las largas pestañas postizas, sus ojos color avellana se dilataron, mientras su mano de uñas plateadas se crispaba sobre la madera carcomida de la barandilla.

Tras ella, un Papá Noel estaba subiendo los peldaños agrietados.

Balbució ella con voz temerosa:

—¿Qué..., qué pasa...?

El interpelado no contestó. Siguió subiendo.

Paralizada de miedo, Natalia se respaldó contra la pared.

—No avance más... No avance, o grito.

Pero el hombre ya estaba ante ella.

Y, entre dientes, silabeó:

—Nada de tonterías, ¿estamos?

En las pupilas de la pelirroja hubo un destello de sorpresa.

Y de nuevo una expresión de temor.

El Papá Noel ordenó:

—A tu nido, vamos.

Alzó ella los hombros resignada y, apartándose de la pared, entró en el rellano.

Pasó ante la primera puerta, tras la cual, risas infantiles se mezclaban a una musiquilla de dibujos animados en la televisión.

Se detuvo ante una puerta, en cuya cerradura introdujo la llave.

Poco después, pulsado el conmutador, Natalia y el hombre de la capucha y el casacón rojo se enfrentaban en la salita, donde un gran diván ocupaba todo el fondo.

El disfrazado asió por un brazo a la pelirroja, la atrajo, y se puso a reír silenciosamente.

Por fin, dijo:

—¿No crees ya en Papá Noel, muñeca?

La voz del hombre era ya más clara, y la pelirroja, de nuevo parecía más asombrada que asustada.

—Pero... Pero...

—Pero ¿qué, muñeca? He llegado con un poco de adelanto, pero no tendrás queja de tus Navidades, Nati.

—Eres... Eres...

—Sí, yo, Bruno. Tu novio amoroso que ha venido a colocar su corazón en tus zapatos navideños. ¿No es un regalo bonito, eh?

En dos gestos, se echó atrás la capucha, librándose de la barba de estopa y mostrando el rostro.

Un rostro patibulario, de fríos ojos penetrantes, labios delgados, nariz rota y una cicatriz surcando la mejilla izquierda.

Apenas veintiocho años, pero en la tez blancuzca había ya arrugas. Los dientes eran de anuncio. Muy blancos, esplendorosos. Pero no los exhibía apenas. No tenía la sonrisa fácil Bruno Fripon.

La pelirroja balbució:

—Pero ¿qué ha sucedido? ¿De dónde vienes? ¿Te redujeron la condena?

—Yo me indulté del resto. A base de una hoja de sierra y varias sábanas de la enfermería, bien anudadas.

—Rediez, rediez —murmuró ella abrumada, quitándose el abrigo.

Vestía un pantalón negro, y un grueso jersey blanco. Pese al atuendo varonil, era una preciosidad de mujer.

Dijo ella:

—Y pensar que hace ya dos años...

—Veintiséis meses y ocho días —puntualizó Fripon—. Y me quedaba aún el triple, si hubiese aceptado seguir de huésped en el «chirona-palace».

De un estante había cogido un frasco de ginebra, escanciándose

una dosis generosa en una copa. La apuró de un solo trago.

Volviéndose hacia Natalia, la miró complacido:

—Estás fenómeno, chica. No has cambiado.

—Oye, que solamente tengo veinticinco años. ¿No supondrías que tu ausencia iba a convertirme en centenaria, no?

—Es que en chirona, uno se pone a meditar... y medita color negro.

—¿Por ejemplo? ¿Sobre qué?

—Sobre los motivos que pueda tener una chica moderna como tú para irse de París y venir a enterrarse en un pueblo de provincias, por ejemplo. No cabe duda, muñeca, que como zona de paletos no pudiste encontrar nada mejor.

—Sí, pero aquí gano mi buen dinero con clases de griego, latín y demás latas de bachillerato.

—Ah, ya, claro...

—Y no encontrarás muchas chicas que esperen a su novio dos años y pico, sin aceptar numerosas ofertas de todas clases. Pero dime, Bruno, ¿qué diablos haces disfrazado así?

—El Papá Noel. ¿O es que no se nota?

—No me hagas reír. No te creo y casi podría decirte a quién le rapiñaste el disfraz.

—Me extrañaría horrores, muñeca. Penco en las Galerías Parisinas como un jabato decente y normal.

—Pero ¿de veras trabajas?

—Hace ya cinco días.

—¿Hace ya cinco días que estás aquí y no viniste a verme?

—Te he visto, vaya si te he visto.

—¿Y no podías avisarme?

—No.

—¿Por qué?

—Porque quería darme cuenta.

—¿De qué?

Bruno Fripon no contestó. Ella rió, con expresión de fastidio.

—Ya capto la onda. El señor deseaba saber si yo me portaba bien, si, como dicen en las fotonovelas, le era fiel. Pues bien, ya lo viste, te convenciste, ¿no?

El la abrazó. Un beso prolongado, por toda respuesta.

Cuando ella pudo respirar normalmente, preguntó:

—Pero ¿quién te dio la idea de disfrazarte así?

—Tino.

—¿Qué Tino?

—El corso, el patrón del Bingo. No vas a decirme que no le conoces.

—Sí que le conozco. ¿Y tú también?

—¿Pues qué crees? Cuando abandoné la fonda del Estado, pasé clandestinamente por Montparnasse para informarme. Giorgio me recomendó, y Tino me ofreció cama, pitanza y este trabajo. Los guardias no vendrán a buscarme bajo este disfraz, ¿no? Sería irrespetuoso, caramba.

Volvieron a destellar inquietud las pupilas avellana, y dijo ella:

—Todo esto es muy bonito, pero el veinticinco se acabaron las fiestas para ti. ¿No pensarás seguir disfrazado así hasta la Pascua Florida?

—Claro que no.

—Entonces, ¿qué piensas hacer?

—Largarme muy lejos apenas pueda, apenas tenga el dinero necesario.

—Tengo ahorros y puedo dártelos. Pero...

Y pasándose la mano por la frente, abrumada, añadió:

—Lo malo es que ya empezaron las burradas.

Frunció el ceño el corso.

—¿Burradas? ¿Qué burradas?

—Oh, nada, casi nada. Simplemente una chica a la que dejaste sin soplo, vete tú a saber por qué.

—¿Estás loca o qué? ¿Qué te pasa? Parece que hablas en serio.

—Y tanto... Te he visto con mis propios ojos estrangular a la rubia a menos de quinientos metros de aquí.

—¿Eh?

—Sí. Yo estaba yendo hacia el puente. Volvía de dar una clase. Oí el grito de la chica rubia. Me asusté, me quedé paralizada de miedo.

—Pero ¿deliras o qué?

—Si no me volví loca entonces, tengo esperanzas de nunca serlo. Asistí a algo horrible. Papá Noel, uno idéntico a ti, estaba estrangulando a una rubia que, la muy desgraciada, estaba todo liada con su paraguas y su violín.

—¿Paraguas..., violín...? Oye, la vida en el campo te sienta mal, muñeca. Desvarías.

—Te he visto; te digo que te he visto.

—¿A mí? ¿A mí? —Ladró el corso.

—¡Tú, con tu disfraz de Papá Noel!

—Pero, madonna... En este villorrio no soy el único Papá Noel. Somos tres, ¿te enteras?

Para que no quedasen dudas, alineó ante el rostro de la pelirroja su pulgar, índice y medio, desplegándolos.

Ostentó ella un rictus melancólico.

—Quizá sean tres. Pero de los tres, ¿quién, aparte tú, es capaz de algo semejante? ¿Quién?

CAPÍTULO IV

El conserje Leonard terminaba de adherir en la pancarta general las fotos de la próxima película *El estrangulador de Boston*.

Se disponía a dirigirse hacia su cubil, cuando al ver la silueta que acababa de surgir en la esquina, aguardó fruncido el ceño.

Un Papá Noel, llenas las manos de folletos malva y naranja, acudía.

—¿Eres tú, Janot?

—Claro que soy yo.

—Vienes a punto, muy a punto, bandido.

Agarró la barba de Janot y se la colocó bajo la barbilla puntiaguda.

—Cuando te hablan tus superiores, debes por lo menos dar la cara.

Una cara de cretino. Un albino de redondos ojos teñidos de rojo. Como un conejo ruso gigante. Una sonrisa estúpida en su pequeña boca carnosa. Y un tic que le hacía fruncir las fosas nasales constantemente.

—Janot, lechón infame, ¿te parece que no he tenido ya bastantes complicaciones contigo? ¿Quieres echarme más líos encima, bandido? Yo me apiadé de ti. Primero porque eres un huérfano y luego porque eres un simple de espíritu. ¿Y así es cómo me lo agradeces?

—Pero, bueno, ¿qué hice yo, qué hice yo, señor Leonard?

—Te encontré trabajo como ayudante de peluquero con el señor Visbal y arrasabas con las cabelleras de las clientas, y ahora que te hice entrar en las galerías, ¿qué haces, eh? Te portas como un lechón.

—Pero ¿qué hice, qué hice yo? No hice nada, se lo juro, señor Leonard.

Pese a todas sus protestas, los labios de Janot continuaban

sonrientes.

—¡Cara de torta! Esta tarde te vi cuando con el pretexto de hacer tu Papá Noel, mariposeabas en torno a las chicas del colegio.

—Para divertirlas, señor Leonard, para hacerlas reír.

—¿Y también querías hacer reír a la señorita Agnes cuando la mirabas con ojos que se la comían cruda? Ella no te vio, pero yo sí, como también te vi seguirla.

—No hice nada malo. Le pasé delante en la calle Mayor y le di un prospecto como a todo el mundo. Es mi trabajo.

El conserje alzó la mano en revés, amagando el bofetón.

—Vete con cuidado, Janot, vete con cuidado, o te las entenderás conmigo, bandido. Desaparece de mi vista antes que pierda la paciencia.

Janot se alejó meneando la cabeza, sin olvidarse de entregar una hojilla a cada transeúnte que encontraba.

Deslizó una en la mano de Robert Martial que acababa de cerrar su 2 CV casi frente a la peluquería Visbal.

Hizo una bola con el papel tirándolo lejos. Estaba de mal humor. Antes de bajar del coche se había echado otro vistazo en el retrovisor.

Aquella mejilla lacerada por las uñas de Agnes, ¿cómo lo explicaría a Jocelyn?

Se había detenido en el Bingo, y en los aseos trató de atenuar la marca del zarpazo de la rubia. La sangre reseca desapareció, pero cuatro largos y delgados surcos continuaban formando un rastrillo rojo desde la sien al mentón.

Alzó la vista hacia las persianas cerradas del primer piso por donde filtraba la luz. La imaginaba demasiado bien, paseando como una garduña malhumorada.

Verde de furor ante la idea que pudiera él estar engañándola a ella, a Jocelyn Leduc-Dupont, de los muebles Leduc-Dupont, la heredera única que algún día heredaría, y que era conveniente hacerla su esposa lo antes posible.

Diría que un gato, o un alumno. Respingó, sobresaltado.

Un individuo, surgiendo de las sombras, se puso a vociferar:

—¡Ladrón, canalla! ¡Todos son unos ladrones! Ya me las pagaréis, ya, banda de cafres. Ya os enseñaré quién es el viejo Totor.

Néstor oscilaba mucho. Se apoyó en el capó del 2 CV y por retuque fue a echarse sobre Martial, de cuyo brazo se asió.

El profesor conocía de vista al vagabundo. Notó que ahora, de tan cerca, apestaba a vino agriado y a sudores rancios.

Intentó apartarlo, pero el viejo era robusto y su borrachera aumentaba su fuerza.

Volvió a bramar:

—¡Ladrón, ladrón! ¡Yo soy Papá Noel! ¡Es una infamia afanarme mi barba y mi hermosa ropa! ¡Ladrones!

Asqueado pero conciliador, Martial se llevó la mano a la cartera.

—Tranquílcese, Totor, no se ponga así. Vaya a beber un trago a mi salud. Voy a darle un billetito.

—No quiero tu billetito. Lo que quiero es que me devuelvan mi propiedad. ¡Anarquistas!

Patalearon en sitio sobre la nieve y Martial iba a decidirse a golpear, cuando un guardia apareció junto a ellos.

—¿Qué pasa aquí? ¿Otra vez tú, Totor, formando escándalo? Venga beber y luego no sabemos comportamos como es debido. Venga, a la jaula.

Reconoció al profesor, y saludándole, preguntó:

—¿Le robó algo?

—¡Es a mí a quien robaron! —rugió el vagabundo.

El guardia le había cogido por un brazo y se disponía a llevárselo, cuando echó una mirada recelosa a la mejilla izquierda de Martial.

—Oiga, ¿ha sido él quien le puso así la cara?

Martial titubeó un segundo, y aprovechó la coartada.

—Sí, pero no es nada, no tiene importancia.

—Eso dice usted. Pero con lo astroso que es el follonista éste, es capaz de infectarle o contagiarle, vaya a saber qué.

—¿Cómo, qué? —chilló Néstor—. ¡Miente, miente, señor guardia! Pero si le juro que no le toqué...

—¡Cierra la boca! Ya te explicarás en el cuartelillo.

—¿Sí? ¿Y por qué, señor guardia?

—Embriaguez en la vía pública, vías de hecho y vagabundeo. Vas listo, Totor.

—Parece mentira, hombre. ¿No irá usted a enchiquerar a Papá Noel, no?

—¿Papá Noel, eh? Y yo soy San Blas. ¿Presenta usted denuncia, señor profesor?

—¿Denuncia? Ah, no, no... Ni hablar.

—Como quiera. De este modo, no me extraña que asesinen a los ciudadanos por las esquinas. En todo caso, yo me llevo a este granuja y esta noche dormirá caliente.

Guardia y vagabundo, el uno agarrado al otro, se dirigieron hacia la comisaría. Entre eructos, salmodiaba Néstor:

—No es justo, no, señor. Yo soy un trabajador, y no un gandul.

—¿Tú un trabajador?

—Bueno, eventual. El primero de mayo vendo flores y también por Todos los Santos, igual como banderitas el 14 de julio, y ahora que iba a ganarme unas perras metido a Papá Noel, me buscan el lío padre. No me hable de los otros dos Papá Noel, porque son falsos. Son unos inútiles... Uno es tonto de nacimiento y el otro tiene una cara que es capaz de robarle su bastón a un ciego. No hay más que un Papá Noel. Soy yo.

Seguía soliloqueando al franquear el umbral de la comisaría. El guardia le hizo sentarse con cierta rudeza en una banqueta.

El inspector de servicio, que estaba malhumorado tratando de resolver un damero infernal, gruñó:

—¿Qué nuevo jaleo se buscó éste?

—Está borracho perdido y se mete con la gente.

—¿Estropicios?

—No. Pero fue a importunar a un profesor, arañándole la cara.

—¡Mentira, mentirota! —protestó el vagabundo.

—¿Hay denuncia?

—No.

El inspector volvió a sumirse en el laberinto del crucigrama.

Geo Gramont era el inspector más joven de todo el cuerpo de policía. Veintisiete años, flaco y muy inteligente. Pero su prematuro ascenso le había confinado en aquella ciudad provinciana.

El guardia fue a colgar su impermeable para reunirse con los otros dos que jugaban al dominó.

Néstor se había levantado y avanzó en zigzag hacia el inspector Gramont.

—No hay justicia. Me roban la ropa y la barba, y encima soy yo el que enchiqueran.

Apartó Gramont la vista del crucigrama.

—¿Tu ropa? ¿Tu barba? ¿De qué hablas, abuelo?

—La verdad es que soy yo el que debería echar una denuncia.

—Aguarda un poco. ¿No estarás hablando de un disfraz de Noel?

—Sí, precisamente sí. Me contrataron las galerías. Si no me cree, puede telefonarles.

Gramont hizo chasquear los dedos hacia la mesita del dominó.

—¡Paul! Traiga el paquete, ¿quiere?

El agente desapareció por una puerta, y al poco regresó para dejar el disfraz sobre la mesa larga del inspector de guardia.

La ropa y la barba estaban mojadas y barrosas.

Jubiloso, comentó Néstor:

—Ah, ah... ¿Ve cómo no miento, señor guardia? ¿Han agarrado ya a mi ladrón? ¿Dónde está, que voy a romperle los dientes y...?

—Poco a poco, amigo. Alguien encontró tus trastos en un banco del parque y los trajo hará cosa de media hora. Probablemente si hubieses estado menos borracho, no habrías perdido tus trastos.

—Perdido... perdido... Le repito que me robaron.

Gramont, que no deseaba oír las lamentaciones del viejo vagabundo durante toda la velada de guardia, fue indulgente.

—Bien, robado o no, recoge tu ropa, vete y que no vuelta a verte. ¿Comprendido, abuelo?

El viejo se dobló por la cintura en saludo ceremonioso, y muy dignamente franqueó el umbral de la comisaría llevándose su amado disfraz.

Fuera, la nieve casi había cesado. Néstor olfateó el viento en búsqueda de la tasca más cercana. Bebería un vaso de tinto caliente, esperando a que secasen del todo su barba de estopa y el ropaje colorado.

No había dado diez pasos cuando vio venir a un individuo, de canadiense verde, cuello de piel y tirolés amarillento, abollado.

El rostro era redondo, de ojos burlones. Interpeló Néstor:

—¡Señor Basil! Si me paga un trago, le doy una información sensacional, inédita, para su periódico.

—¿Sensacional e inédito aquí? ¿Dónde te enteraste, viejo? ¿En el noticiario televisado?

—Se trata de un error judicial.

—¡Vaya, hombre!

—Y yo soy la víctima.

El periodista se barrenó la sien con el índice. Pero el vagabundo le cogió del brazo.

—No se vaya. Imagínese que me roban mis arreos de Papá Noel. Imagínese que poco después, un guindilla me detiene por follón nocturno y que un fulano me acusa de haberle arañado. Imagínese que en la comisaría me encuentro con mis arreos, que al parecer trajo un tipo. Y que me sueltan sin presentarme excusas... Imagínese, señor Basil...

—Imagínate que tú no te hubieses pasado el día tomando jugo de uva y que estuvieras con una papalina imponente. En fin, a tu modo eres un *hippy*. Toma, para comprarte un vaso de droga.

Le deslizó un billete y poco después entraba en la sala de guardia de la comisaría.

El inspector Gramont estaba hablando por teléfono:

—... Sí, sí, claro, mi comandante. Me informaré inmediatamente. Pero no, no se inquiete... Volveré a llamarle.

Encajó el aparato, y al ver acercarse al periodista, comentó:

—Llegas a tiempo. Me denuncian una desaparición. La hija del comandante Duprez, ¿la conoces?

—Una rubia preciosa. ¿Desaparecida?

—Bromeaba, hombre. Parece ser que la chica en cuestión fue a practicar el violín para un concierto, en el cine teatro, y que aún no ha vuelto a su casa. El padre está alarmado. Y no hay porqué, aunque el buen hombre tema una desgracia.

—Y aparte de esto, ¿algo nuevo?

—Nada. Ni siquiera un perro atropellado, ni conejos robados. Lo siento. Los grandes titulares con que sueñas todavía no palpitan. De todos modos llamaré a la estación por si la chica cogió el tren de París. Son ya las diez y media, y al parecer ella volvía siempre antes de las nueve de la noche. A estas horas, no estará aún tocando el violín.

Llamó a la estación, y al volver a encajar el teléfono, manifestó:

—No la han visto.

Basil guiñó un ojo.

—Una chica estupenda de físico, ¿no la conoces, Geo?

—La conozco como a todo el mundo, más o menos. De vista. Muy bien formada, aunque se le nota que lo sabe demasiado.

Además, arisca.

—No con todos.

—Ya, ya, chismoso. Hay un cierto profesor Martial que si bien en vísperas de casarse no cabe duda que podría decir muchas cosas, detalladamente, de la hija del comandante.

Una sonrisa de aprobación beatífica dilató el redondo rostro del periodista.

—Veo que a chismoso casi me ganas, inspector.

—La gente es muy comunicativa. Anónimamente, claro. Yo escucho, digo que bueno, y gracias, cuelgo, y a otra cosa. Pero no puedo evitar estar hundido hasta el cuello en la charca fangosa de las malas lenguas.

—¿Por qué elegiste la profesión de policía, Geo?

—Porque me gusta llevar la contraria a los timantes abusadores. Y además, porque si no hubiese policías habría muchos asesines sueltos. Y por fin, la paga es buena. No me extravíes. La chica pudo irse en coche. Y su profesor de historia tiene coche... ¡Paul! Vaya a ver si por casualidad...

Alzó el periodista la mano, atajando al agente que iba a levantarse.

—No hace falta. Acabo de pasar ante la casa de Jocelyn Muebles y Compañía. El coche del profesor allá está. Y el novio en su visita de cenáculo.

—Según me dice el comandante, su hija nunca llega más tarde de las nueve. Afirman que en su casa todo va a toque de cometa. No sé si llamar a Martial y ver si sabe algo.

—No quiero decepcionarte, pero retrasas un poco. También tengo yo mis informaciones y hace tiempo que para el guapo profesor Martial, la chica Duprez es historia antigua, pasada, fenecida.

—¿Seguro?

—Y tanto. La carne es débil, mi querido inspector, y en una ciudad como ésta, no abundan los guapos de película al estilo Martial. Sobran ciertas mujeres muy bien atendidas por nuestro don Juan local.

—¿Ciertas mujeres?

—Hortensia Visbal, por ejemplo, para citar alguna.

—¿La hermosa Hortensia, hermana del peluquero?

—Sí. Y algunas otras más. En fin, ¿echamos una partida de ajedrez?

—De acuerdo. Mañana será otro día. Frase que pasará a la posteridad. Aunque no te sirva para tu periódico.

Ignoraba el inspector Gramont que su afirmación final iba a convertirse en grandes interrogantes terroríficos para toda la población de aquella tranquila y hasta entonces normal ciudad provinciana.

CAPÍTULO V

El inspector Geo Gramont volvió a tender la sábana sobre el cadáver de Agnes Duprez.

En aquel cuarto de hospital que servía de depósito, hacía frío.

El enfermero comentó:

—Ya le di el informe forense, inspector. Un caso de simple estrangulación.

—¿Simple? Canallesca querrá decir, amigo. Esta muchacha tenía veinte años.

El enfermero encogió los hombros como indicando que para él, la edad de los muertos era algo que le tenía completamente sin cuidado.

Saliendo del hospital, pensaba Gramont que si algún día llegaba a insensibilizarse profesionalmente como aquel enfermero, se dedicaría a otro oficio.

Franqueaba el umbral de la abierta verja cuando apareció el periodista Basil, colgante del hombro la cámara «Reflex» de los grandes sucesos.

—¿Dónde vas? Si pensabas sacar fotos, olvídalo.

—Sólo una, Geo.

—Ni una, ni media. A lo menos que tiene derecho esta muchacha es a que la dejen en paz ahora.

—Ella ya murió, hombre.

—Pero su padre todavía no. Te invito a una cerveza. Después de lo que acabo de ver, necesito enjuagarme bien la boca.

Estaban en la intersección del puente con un muelle de descarga fluvial, ya abandonado. Remontaron hacia el centro de la ciudad.

En el campanario el badajo repicaba las doce del mediodía. El cielo ostentaba un frío color gris azul y un pálido sol invernal. Antes de las once de la noche había cesado de nevar.

—Mal asunto. No me gusta nada este caso. He visto al padre y

está hecho migas. Tú procura no exagerar mucho en tu periódico.

—¿El forense dictaminó estupro?

—No. Hizo la autopsia esta mañana. Conclusión: intacta la víctima... Por lo menos en las horas que precedieron a su muerte.

—¿Huellas de golpes, de lucha?

—No. La estrangularon y sólo lleva marcas en la garganta. Pero hay una rareza. El tipo que la estranguló le cortó las trenzas y se las llevó.

—Caray... ¿Un maníaco?

—Posible.

—Todos somos más o menos maníacos, Geo.

—Tú sabrás. Yo por ahora no lo soy.

—Si se trata de un maníaco, de un medio chiflado o de un chiflado total, existen muchas posibilidades de que una vez lanzado, persista.

—Esto es lo malo. Hay muchas posibilidades que así sea.

—¿Quién descubrió el cuerpo?

—Unos vecinos del comandante Duprez, al regresar del cine, anoche. Te habías ido cuando me telefonearon pasada la medianoche. Fui allá.

—¿Encontraste algún indicio?

—Oye, periodista, ¿crees tú que los asesinos hoy en día dejan el pañuelo bordado con sus iniciales, el mechero o su agenda al lado de la víctima?

—La televisión tiene la culpa —afirmó el periodista.

—Y la Prensa. Aunque a la vez hacen comprender a los asesinos que tarde o temprano caen.

—La muchacha no era ninguna asustadiza, para pegarse aquel camino, de noche, a solas.

—¿Quién demuestra que estaba a solas? De todos modos, hubo un momento en que dejó de estarlo, fatalmente para ella.

—Era una preciosidad de criatura.

—Después de estrangulación y autopsia, si vieras lo que queda de una preciosidad de criatura te desanimarías mucho, Basil.

Se aproximaban al café de los Deportes cuando un «Dauphine» negro se detuvo, arrimándose al bordillo.

Por la ventanilla asomó el rostro granuloso el abogado Clement.

—Novedades, ¿no es así, amigos?

—No tenga tanta prisa, abogado —replicó ceñudo Gramont—. Todavía estamos en los preliminares.

—¿El robo como móvil? ¿Crimen de un crápula, verdad?

—Me asombraría mucho que fuera así.

El abogado asomó el busto, bizqueando más que nunca.

—Entre nosotros, tengo entendido que la desgraciada llevaba una doble vida, por más clases de violín que diese. Según se rumorea, se extraviaba por el Bingo. Y cuando en la ciudad se tolera la presencia de crápulas, no es de extrañar que un día u otro se produzcan casos monstruosos.

—¿A qué crápulas se refiere, abogado?

—El patrón del Bingo, el corso Tino, no es ningún angelito, ni mucho menos. En fin, sin duda ya tiene usted alguna pista, ¿eh, inspector?

Gramont hizo un ademán evasivo y despidiéndose, el abogado Clement se alejó conduciendo su «Dauphine».

Acercándose a la puerta del gran café, comentó el policía:

—Con tantos informadores voluntarios aportando su granito de arena, me van a brear si en pocas horas no meto entre rejas a cualquiera.

Arqueó las cejas el periodista.

—¿A cualquiera?

—Al culpable, diantres.

En el amplio local hacía calor. Se agrupaban los bebedores de aperitivo en el mostrador, y en torno a mesas de mármol, discutiendo o echando una partida de cartas.

En uno de los dos grandes billares del fondo, el peluquero Visbal practicaba carambolas. Procuró poner cara de circunstancias, apenada, pero aun así tenía aspecto de alegre vividor.

Apoyado en el taco, comentó:

—Es infernal lo que ha sucedido. Ahora estrangulan a las mujeres bonitas en esta ciudad. Es vergonzoso. Y pensar que yo la previne...

—¿Cómo? —Respingó Gramont—. ¿Que usted...?

—Sí. Yo. Anoche mismo le dije que no era prudente que se pasease fuera de la ciudad.

Tras deglutir medio bock de cerveza, rebatió el inspector:

—No exageremos. No habitamos en la jungla.

—Eso mismo es lo que parecía ella dar a entender. Casi se burlaba de mí cuando le propuse acompañarla en coche hasta su casa. Resultado... Si me hubiese hecho caso, hoy seguiría viva.

Dejó Gramont de paladear a pequeños sorbos su «Cinzano».

—Si he comprendido bien, cabe la probabilidad de que usted sea el último que viese con vida a Agnes Duprez.

—Ey, ey, amigo mío, ni hablar. Yo la dejé delante de mi casa. Yo me fui al garaje y el individuo que tenía que ver no estaba. Regresé por la calle que atraviesa el muelle después de la salida del puente. Normalmente, si ella siguió su camino habitual, debió atravesar el puente cinco o diez minutos antes que yo. Pero ¿saben lo que vi al otro lado del río? El 2 CV de nuestro famoso Martial, el profesor de historia, de encantos y de seducción.

—¿Y esto qué demuestra?

—Nada. Salvo que no le quedó más remedio que ver a Agries internarse por el camino hacia las casas de las afueras. Y lo más curioso es que hace media hora apenas vi salir del colegio al profesor Martial. Si vieran la mejilla que se luce... Como si hubiese pasado la noche con una tigresa.

—Fue el viejo Totor quien le puso así, ayer noche. Estaba, como casi siempre, morado de tinto, y le dio por meterse con Martial. Fue un agente quien los separó.

Gontran Visbal se rascó la nariz.

—Totor, sí, claro. ¿Por qué no? Pero dígame, inspector, ¿no le parece extraño que un atleta como Martial, deportivo, yoga, yudo y todo lo demás se dejase arañar por Totor, que apenas se puede aguantar en pie cuando ha sobrepasado la dosis de tinto? ¿Y cabe imaginarse al viejo arañando como una nena histérica?

Pensativo, terminó el inspector su vermut, mientras el periodista, apurando otra cerveza, daba cabezadas de asentimiento.

Jovialmente, prosiguió el peluquero:

—Vamos a suponer, inspector, que nuestro catedrático Martial atribuya sus arañazos al viejo, para sentirse menos ridículo y que en realidad haya sido la celosa Jocelyn la gata. Hay que tener presente que la boda se avecina, y el profesor aguanta firme, ya que la heredera de los muebles Leduc-Dupont es una arpía, pero millonaria.

—Es usted un talento, Visbal —aprobó el periodista, poniendo

ojos de candidez.

—Otra cosa, inspector. Aparte Martial, hay alguien que fatalmente tuvo que cruzarse por el camino con Agnes. Mejor dicho alguna, ya que me refiero a la bonita Natalia.

—¿La pelirroja profesora de lenguas muertas y vivas? ¿La parisiense?

—Exactamente la misma. Cuando yo pasaba, ella llegaba a la altura del puente, dirigiéndose a la ciudad.

—No me diga que con el tiempo que hacía paseaba ella por la naturaleza.

—Yo no digo nada, mi querido Gramont, nada que no sea lo que vi con mis propios ojos. La pelirroja volvía a pie desde los chalets. Por lo demás, no soy policía, sino peluquero.

Comentó Basil:

—Para peluquero, no tiene los ojos en el bolsillo, amigo.

—En mi oficio aprendemos a observar. ¿Echamos una partida, inspector?

—No, gracias. Ahí tiene a Basil, el as del taco.

Dando media vuelta, Gramont fue a la cabina telefónica. Poco después comunicaba con el médico forense.

—Soy yo, Gramont. Le ruego que vaya a echar un vistazo a la muerta... Sí, a la chica Duprez... Deseo que examine a fondo sus uñas... Sí, he dicho sus uñas... Gracias, doctor.

Regresó a la mesa de billar donde el periodista había iniciado una partida con el peluquero.

—¿Me permite invitarle a algo, inspector? —brindó Visbal.

—No, gracias. Voy a darme una vuelta hasta el Bingo.

—A estas horas lo encontrará cerrado.

—No creo que Tino ni Fausta sean tan descorteses para negarme la entrada, si lo pido con gran educación.

CAPÍTULO VI

Los tres Papá Noel deambulaban por la calle Mayor, repartiendo prospectos naranja y malva.

Eran las doce y media, hora punta, en la arteria comercial.

Cámara y «*flash*» preparados, un flaco adolescente intentó interceptar el camino al trío.

—Por favor, un par de minutos... Sólo un par de fotos. Soy el reportero gráfico del *Eco Popular*.

Dos de los disfrazados estaban ya adoptando posturas arrogantes y fotogénicas, pero el tercero dijo, en tono amenazador:

—Déjanos en paz, microbio.

—Pero... Pero si es para aparecer en el periódico... El patrón está de acuerdo con la dirección de las galerías. Es por la publicidad.

—Lárgate, te digo, o te hago tragar tus cacharros.

No insistió el aprendiz de reportero, alejándose presuroso.

Tras su barba, Néstor protestó:

—¿Por qué no le dejaste hacer su trabajo a este pequeño? A mí me hubiese gustado mucho verme la jeta en el *Eco*.

—Eso, eso —aprobó Janot—. Aun con la barba y el bigotón, nos habríamos reconocido, ¿eh?

Bruno Fripon, el evadido de presidio, decretó:

—Se acabó la discusión. Nos pagan para distribuir papel impreso, no para hacer monerías.

Gruñendo entre dientes, se alejó Néstor. Se disponía a imitarle Janot, pero el corso le retuvo por el brazo.

—Dime una cosa, Janot. Anoche, entre las siete y media y las ocho, ¿dónde estabas?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque quise invitarte a un trago caliente y no te encontré por ninguna parte.

—Si fueses del pueblo sabrías que a esta hora es cuando voy a la estación a recoger Prensa de París. Sea o no Papá Noel, es lo mismo para mí. Hago mi ronda de cafés y abonados, y más tarde, la salida de cines.

—Mientras, ¿dónde dejaste tus barbas y ropa?

—Encima de mí. ¿Para qué iba a quitármelas? Con cada periódico de la tarde, el cliente recibía un prospecto. Yo seré tonto, pero en pupila comercial soy un aguilucho. Y no creo que perjudique la venta de periódicos ir vestido de Papá Noel, ¿eh? Vuelvo a mi trabajo.

Se fue Janot y el corso se acercó al borrachín, que sin dejar de distribuir propaganda, acechaba una tasca.

Sugirió Fripon:

—Creo que no vendría mal soplamos algo líquido, Néstor.

—Si pagas tú...

Poco después se acodaban en un mostrador ante un vaso de Beaujolais.

—Anoche dejaste el trabajo pronto, Néstor.

—¿Yo? No, señor. ¿No sabes lo que pasó? Mientras iba yo a efectuar mis humanas necesidades entre la arboleda, a la hora de mi cena, un podrido imbécil me robó la barba y la vestimenta.

—¿Eh? —Respingó Fripon.

—Tal como te digo. Hasta el punto que formé el gran follón y a pocos pasos de aquí tuve una trifulca con un profesor, que por más profesor que sea, es un condenado verraco, sí, señor. Me acusó de haberle arañado, cuando ni siquiera le toqué la cara. A mí, los hombres, sabes..., nada de nada.

—No lo dudo. ¿Y qué más, Néstor?

—Un guindilla me transportó al cuartelillo, y allí me encontré con mis arreos navideños, y vista mi conciencia pura, el inspector Gramont me acompañó hasta la salida, con toda clase de disculpas. Pero mientras se secaban mis trastos, perdí la velada. Esto es todo.

—Oye, papi, ¿no será que de paso empinaste demasiado el codo?

—Si me conocieses a fondo, sabrías que siempre bebo razonablemente. Lo justo, sin extralimitarme. Y si no me crees, que te frían un huevo.

—Te creo, te creo, pero no me negarás que resulta curioso que te birlasen los arreos.

—Más que curioso, fue un golpe sucio, una cerdada inmunda.

—¿No tienes idea de quién fue?

—Ni pum... Lo principal es que recuperaré mi propiedad. Y hasta con propina.

—¿Propina? ¿Bromeas, papi?

—Yo soy siempre un elemento muy serio. Fíjate.

Del amplio bolsillo de la túnica roja extrajo unas tijeras que esgrimió ante el rostro poblado de bigote y barba de su compañero de trabajo.

—Mira, muchacho. Esto es lo que se olvidó en mi ropa laboral el hijo de perra sarnosa que me la rapiñó. Tijeras nuevas. Todavía llevan pegada la etiqueta. Por si no sabes leer, te aclaro que dice: «Salón Visbal. 20 Frs». Fue una buena propina, ¿no?

—Buena, pero no veo que harás tú con ellas.

—Cortarse las uñas de los pies con este instrumento, le da a uno categoría. Debes saber, hijito, que cuando se tercia tengo principios, educación y hasta higiene.

—¿Y si te diese cincuenta francos por tu herramienta?

—¿Cincuenta, dices?

Y Néstor deslizaba una mirada desconfiada hacia el que sacando un billete del bolsillo lo alisaba sobre el mostrador.

—¿Y por qué cincuenta, si marca veinte? A este precio te interesa más comprarte dos pares en casa Visbal. De allí proceden.

—¿Y si me he encaprichado con este par de tijeras? ¿Y si me da la gana de hacerme el generoso contigo, papi?

Con el dedo hacía resbalar el billete hacia el viejo, que bajo su capucha roja se rascó la pelambrera.

—Entre tipos que trabajemos en lo que llueve del cielo, no es corriente tanta generosidad. Pero en fin...

El billete estaba demasiado cerca de su mano. Bruscamente abatió la palma sobre el papel bancario, a la vez que le tendía las tijeras al otro Papá Noel.

—Tuyas. No sé negarle nada a un amigo. A tu salud, hijito. Y ahora, antes de la pitanza, conviene despachar hojillas. A ello, no hay más remedio.

Bruno Fripon se guardó las tijeras, pagó las consumiciones, y mientras por la calle, Néstor seguía distribuyendo propaganda, el corso emprendió el camino en dirección opuesta, hacia el puente.

Las comidas las efectuaba con Tino y Fausta, en el comedor al fondo del Bingo, cerrado a aquellas horas.

En su mente germinaba ya una idea. Puesto que ninguno de los otros dos disfrazados, ni el cretino Janot ni el borracho de Néstor, estrangularon a la Duprez, ni tampoco él, resaltaba algo indiscutible: que el verdadero asesino empleó el disfraz para liquidar a la rubia. Lo confirmaba el descubrimiento de las tijeras.

Y en toda la ciudad, salvo él y Natalia, sabían que la rubia había sido estrangulada por un individuo disfrazado excelentemente, que se había provisto de unas tijeras para cortar las rubias trenzas.

Y si aquel individuo era un maníaco intermitente, que tuviese dinero, miel sobre hojuelas. Un chantaje fenomenal que le facilitaría los medios de pagarse el viaje a Sudamérica, a Sudáfrica o donde fuese, con tal de que distase muchos kilómetros de Francia.

Iba a empujar la puerta del Bingo, cuando por ella misma pareció abrirse.

Pero era Fausta, alta, rolliza, en bata japonesa y chinelas de pompón. Colocado el índice vertical ante los labios, elevó los ojos al techo.

Trató de hablar en susurros:

—Ojo, Bruno. Arriba está Tino con un policía que acaba de llegar. Apenas quede libre el terreno, pondré la maceta de geranios en la ventana del primer piso.

Bruno Fripon dio media vuelta, alejándose prudentemente.

En la sala del piso encima del Bingo, el inspector Gramont, pegada la nariz al cristal, veía alejarse a Papá Noel.

Volviéndose, se enfrentó a Tino Mircos, que estaba medio sentado en el brazal de un sillón de cuero negro.

Mircos era todavía un rufián guapo, pese a sus cuarenta y cinco años. Fuerte, de negro cabello, tez bronceada, mirada aterciopelada y cruel del exgalán profesional.

Pero en aquellos momentos, sus pupilas tenían una expresión vaga.

—Antes de ir al grano, Tino, conviene que estés de acuerdo que, pese a tus antecedentes, no te he molestado para nada, ni a ti ni a tu negocio.

—El negocio está a nombre de mi mujer. Yo, por decirlo así, soy como un empleado y me porto bien. Lo cual le consta, inspector.

Tenía una voz grave de acento algo cantarino y cuando hablaba miraba de un modo que inspiraba a su oyente una duda. No se sabía si tomaba el pelo o bien era afable.

—Puedes tutearme, Tino.

—Me guardo mucho de ponerme confianzado con las autoridades.

—Bien, yo no he venido a remover fangos antiguos. Y mientras no suceda nada grave por la ciudad, soy el primero en desear que cada cual viva tranquilo. Pero anoche mataron a alguien. Una muchacha de veinte años. Y esto complica las cosas.

—Supongo que no se le habrá ocurrido pensar que tenga yo algo que ver con este penoso asunto.

—No, y te consta. Lo que te pido es que me digas lo que puedes saber sobre la muchacha en cuestión.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Porque ella venía a veces a tu establecimiento.

—Oiga, inspector, en serio: ¿no pensará considerarme responsable de toda la clientela que frecuente más o menos asiduamente el establecimiento de mi mujer?

—Es que esta muchacha no era del género corriente de la casa.

—Bueno, eso del género corriente de esta casa o cualquier otra, hoy en día, sabe, ni el más listo las diferencia.

—Tú, sí. Digamos que por lo menos supiste diferenciarla.

—Vamos a admitirlo.

—Y por lo tanto, diferenciar también a los hombres que la acompañaban.

—Bien, si basta con esto para complacerle... Primero, la chica de la que habla no habrá venido más de cinco o seis veces. Segundo, era siempre el mismo hombre quien la acompañaba.

—¿Quién?

—No creo revelarle nada que no sepa al decirle que se trataba de un tal Martial, profesor de algo.

—¿Y...?

—Y nada. Se sentaban en un rincón, bebían una o dos copas, escuchaban música dulzona, y a los cincuenta o sesenta minutos se marchaban. Eso es todo.

—No es mucho.

—Por más que quiera complacerle, no puedo inventarle una

fotonovela.

Pero bajo la aparente calma del corso, olfateaba Gramont una dosis de inquietud. Manoseaba nerviosamente su llavero, encendía con demasiada frecuencia cigarrillos que aplastaba casi enteros en el cenicero, y a veces su mirada se adensaba turbiamente.

—Oye, Tino, no olvides que sigues siendo un interdicto judicial, y te consta —que si quiero puedo retenerte cuarenta y ocho horas entre rejas. Cuando hay un asesinato, no es costumbre ponerse guantes con los delincuentes.

—De acuerdo. Puede hacerlo, ¿y qué conseguirá? Porque, vamos, espero que no contará encasquetarme este asesinato a mí. El rumor popular pretende que usted es inteligente.

—También el rumor popular pretende que quien hace un cesto hace cien. Y sin embargo, tú, al parecer, te has convertido en persona que no quiere líos. No te gustará que hagan un registro en tu casa, aunque te recordaría tu primera juventud.

—¿Tiene una orden por escrito?

—No, pero telefono y me la traen volando, con todos los sellos que quieras, don dos expertos en el arte de pasar por la criba hasta el polvillo de debajo de las alfombras.

Tino Mircos aplastó bruscamente su cigarrillo en el cenicero.

—Bien, he comprendido. Prefiero evitar que me transformen el lugar en un baratillo de manicomio. Si le doy mi palabra, mi palabra de hombre, de no tratar de engatusarle, tal vez podamos arreglar el asunto entre nosotros. Yo juego limpio y usted me promete ser discreto.

—Discreto, ¿con quién?

Tino apuntó con el pulgar hacia el suelo.

—Con mi mujer. Hay cosas que prefiero que ella no sepa.

—Bien. Tal vez hagamos trato. Empieza tu juego limpio.

El corso se dirigió a una estantería esquinera. Palpaba el reborde de un grueso estante, hasta que se oyó el clic de un pestillo. Hundió los dedos entre las dos láminas de contrachapado, estiró de algo y dio media vuelta.

Entre las manos mostraba un paquete plano, un envoltorio de papel transparente.

Contenía dos trenzas rubias.

Dilatados los ojos, se quedó Gramont sin habla.

El corso ostentó un rictus triste.

—No vaya a figurarse lo que no es.

—Pero... Pero son los cabellos de Agnes Duprez.

—Eran.

Y con sequedad, agregó Tino Mircos:

—Lo que pasó anoche con la cabellera de Agnes, ya es bastante conocido. Lo de siempre. Alguna indiscreción. Sé que el canalla estrangulador le cortó las trenzas, pero no eran legítimas. Las verdaderas me las dio la muchacha, hace cosa de un mes. Las que ahora llevaba eran postizas.

—Por favor, ¿te imaginas que soy un retrasado mental o qué?

—¡Por favor, Gramont! ¿Tengo acaso cara de chiflado, de sádico que estrangula a una mujer para cortarle el pelo?

No le quedó más remedio a Gramont que denegar con la cabeza.

—Una vez, no estando mi mujer, vino ella y dijo que quería vender su mata de pelo que llevaba trenzada. No quería que se supiese, pero dijo que había adquirido dos trenzas a buen precio en la peluquería Visbal. Pero que necesitaba dinero y que a lo mejor yo podía venderlas, mandándolas a París. Primero la envié a freír espárragos, pero luego me ablandé. Total, le di el dinero que pedía, y al día siguiente, disimuladamente, me entregó ella sus trenzas. Cuando ya las tuve pensé que si mi mujer las descubría se figuraría cualquier tontería. Las escondí aquí. Un escondite cuya existencia ignora Fausta.

Tuvo Gramont el convencimiento de que el corso era sincero.

—¿Por qué no las hiciste desaparecer, quemándolas o como fuera?

—Soy un sentimental incorregible. Hace años, pongamos unos treinta, la única mujer que me entusiasmó y no llegué ni a rozarle el meñique era una potrilla larguirucha de catorce años, que peinaba dos trenzas como éstas. Hágame un favor, ¿quiere? Lléveselas... Sí, no quisiera que un día me volviese yo chocho, y mi mujer me sorprendiese arrodillado, sollozante y besando dos trenzas rubias.

Dobló Gramont el paquete guardándolo en el bolsillo de su gabardina.

—Descuida, Tino, tu mujer seguirá ignorando este asunto.

Se dirigía hacia la puerta y pisaba el rellano, cuando el corso le retuvo por el codo.

—Inspector, el modo como ha terminado esta chiquilla es canallesco. Y es algo que no puede quedar sin castigo. Si me entero de algo, lo que sea, que pueda ponerle sobre la pista del cobarde canalla que hizo esto, le doy mi palabra de hombre que por vez primera seré chivato. Y a mucha honra en un caso así.

CAPÍTULO VII

La viuda Clement dijo, severamente:

—Casimir, es ya la cuarta vez que estornudas desde que hemos empezado a comer. No hay duda de que estás incubando una gripe, unas anginas o algo peor. En tu lugar, esta tarde me quedaría en cama.

La tía del abogado Clement manifestó:

—Y después de un supositorio de eucalipto, tu madre y yo podríamos ponerte unas ventosas.

Sin contestar, el abogado terminó de beberse su taza de café descafeinado, dobló su servilleta, la introdujo en el servilletero de plata con sus iniciales, y se levantó.

A cada comida ingerida entre las dos viudas, su madre y su tía Honorina, tenía la sensación de ahogarse.

Con tono avinagrado, dijo la viuda Clement:

—Lamento comprobar que ya no haces el menor caso de lo que tu tía y yo podamos decirte por tu propio bien.

—Madre, que ya cumplí los treinta y cinco...

La tía Honorina baló:

—Un enfriamiento es un enfriamiento y la edad no tiene nada que ver. Ya conocemos a los hombres. Tu tío Clorindo, a los cincuenta y cinco se comportaba como un niño. Si yo no hubiese estado constantemente detrás de él...

—El desgraciado seguiría vivo —atajó Clement.

Y salió dando un portazo.

En el despacho que le servía de biblioteca, arrellanado en su viejo sillón giratorio, Casimir Clement reía todavía burlonamente.

Era la primera vez que había tenido la audacia de cantarle una verdad a la vieja lechuza de su tía Honorina.

La víspera, a aquella misma hora, ni por un instante se le hubiera ocurrido un acto semejante de rebelión.

Pero ya no era el mismo hombre. Mejor dicho, era por fin un hombre. Había matado.

Había matado a una mujer. Con aquel gesto se había liberado de años de humillación y servilismo.

Por vez primera en su vida se sentía fuerte, independiente, peligroso.

Satisfecho, sacó una llave y abrió un cajón, del que extrajo un expediente que abrió lentamente con éxtasis. Entre instancias archivadas de su gestoría administrativa, relucían sedosas dos trenzas rubias que acarició amorosamente.

Nunca más le miraría Agnes Duprez con tanto desprecio. De ella, pronto quedarían solamente aquellas trenzas que olían a espliego, a lavanda. Como ella misma.

Pero aun suponiendo que ella hubiera sido complaciente, de nada habría servido. Todos los intentos amorosos del abogado Clement habían terminado en un fracaso coreado por una carcajada hiriente o una mirada compasiva, femeninas.

En busca de una compensación acabó por solamente desear los cabellos femeninos. Los cabellos eran dóciles, complaciente, no exigían nada, no se burlaban.

Aquella idea le acometió repentinamente y lo que había desencadenado todo había sido la risa burlona de la violinista, y el tono tan despreciativo, al decirle:

—Esto es... Espere... Sentado.

Súbitamente, se había hartado de esperar.

Se puso a seguirla, fascinado por las trenzas.

La vio entrar en la peluquería. Y salir seguida del gordo Visbal. Y ella había continuado su camino, sola.

Un camino fácil de adivinar. Le daba tiempo a entrar en la peluquería. Necesitaba unas tijeras.

Pero para empezar, le pidió a Hortensia Visbal una crema de afeitar. Ella misma abandonó la caja, y mientras hurgaba en una vitrina, le bastó a Clement tender la mano para apoderarse de unas tijeras entre otras de varios tamaños, retenidas por un elástico en un cartón.

Cuando la hermosa peluquera había regresado sonriendo comercialmente, pagó la crema de afeitar. En el bolsillo del abrigo tenía ya las tijeras.

Apresuró el paso, y al llegar ante el cobertizo de la parada de autocares, vio el disfraz de Papá Noel, sobre la banqueta. Se lo llevó.

El robo de las tijeras le había dado audacia. Y acababa de pensar que disfrazado conservaría el anonimato ante Agnes. No tendría que suplicarla. La impresionaría. No quería asustarla, ni mucho menos hacerle daño. Solamente impresionarla.

Franqueado el puente, revistió rápidamente la ropa roja, calándose la capucha y adhiriéndose bajo la nariz la barba postiza retenida por una goma ajustable.

Fue entonces cuando vio a la violinista en el 2 CV de Martial.

Oculto entre matorrales, esperó. La vio salir corriendo del coche. La siguió. La alcanzó, y luego todo pasó muy aprisa. Demasiado aprisa.

Cometió ella un error al gritar. Hasta entonces, no le quería hacer daño. Solamente impresionarla.

Pero aquel grito estridente le había barrenado los tímpanos.

Y perdió la conciencia de lo que hacía.

Después abandonó el disfraz antes de llegar al puente, en el mismo sitio donde poco antes estaba parado el coche del profesor Martial.

Y ahora que ya todo era irremediable, no lo lamentaba. Lo único que frenaba un poco su euforia era haber olvidado las tijeras en el bolsillo del casacón rojo. Creyó guardarlas en el bolsillo de su abrigo.

Pero nadie sospecharía que él, Casimir Clement, abogado, gestor administrativo, hubiese revestido un grotesco disfraz, y aún menos quitado la vida a Agnes.

Dejó de evocar. Inclinandose, recogió de un montón de periódicos atrasados dos ejemplares. Sacó de un cajón unas hojas de papel de barba, un frasco de cola de pegar y un par de tijeritas de bordar, propiedad de su tía Honorina.

Instantes después, muy absorto, fue recortando letras y pegándolas. Tardó casi dos horas en acabar su tarea.

Pero una tarea bien hecha. Casi artística. Tres cartas.

La primera dirigida al prefecto de Policía del departamento:

«Es del máximo interés investigar el empleo del tiempo de Robert Martial, profesor en el Lycée Pasteur,

la noche en que fue asesinada Agnes Duprez.

»El coche del profesor estaba parado en la entrada del camino hacia los chalets, entre las siete y media y las ocho, precisamente cuando Agnes Duprez regresaba a su domicilio».

Como firma, empegotó:

«Un amigo de la justicia».

La segunda carta estaba dirigida a Jocelyn Leduc-Dupont.

«Estimada señorita: Es penoso que mientras usted prepara su ajuar de boda, un barbián bonito se burle de todas las mujeres de la ciudad, incluida usted. La nula moralidad de dicho individuo ¿no puede acaso impulsarle a estrangular a una inocente joven? Medite, estimada señorita, Y otras deben meditar también como la pava hermana del peluquero.

»Una persona que la aprecia».

La tercera carta llevaba la dirección de Gontran Visbal.

«Grandísimo imbécil que eres la irrisión de toda la ciudad: Tú que afirmas que tu hermana es coqueta pero honesta, eres un idiota espantoso. Todos se ríen a tus espaldas.

»Mientras juegas al billar, ella va a tomar lecciones de historia por las fondas y mesones de los alrededores.

»Un amigo».

Casimir Clement reía hasta las lágrimas al pasar la lengua por el borde engomado del sobre.

Sentíase genial. Todo un hombre.

Pero sabía que para encontrarse completamente en forma, le iba a ser necesario sentir palpar entre sus dedos la garganta de una mujer.

Bueno, una mujer o dos.

CAPÍTULO VIII

Por la tarde, la peluquería Visbal abría a las tres.

A las tres y cuarto, el inspector Gramont llegaba al mostrador de caja, tras el cual Hortensia Visbal ostentó una sonrisa nada comercial y muy femenina.

—¿En qué puedo servirle, señor Gramont? Si es para arreglarse el pelo, mi hermano puede ocuparse de usted.

—Sólo deseo hablar con él.

—Pase al lado y lo encontrará.

Gramont abrió la puerta de cristal que separaba a las tres peluqueras, con blusa rosa de los dos barberos con bata azul.

Visbal, también de bata azul, afilaba una navaja en una tira de cuero. Alzó la mirada hacia el visitante.

—¿Cabello, afeitar, inspector?

—Deseo hablar con usted unos minutos, tranquilamente. Es decir, sin oídos cercanos.

—De acuerdo.

Pasaron al fondo del local, en la trastienda que olía a cosméticos.

Gramont sacó de su gabardina las dos trenzas que colocó sobre una mesita entre frascos, tarros y vaporizadores.

Visbal dilató los ojos.

—¿Esto qué es, inspector?

—Cabellos que, al parecer, pertenecieron a la señorita Duprez.

—Es muy posible. Pero, entonces, ¿cayó ya su asesino?

—No. He venido simplemente a solicitar un informe. Hace aproximadamente un mes, ¿es cierto que Agnes Duprez le encargó un par de trenzas semejantes?

—En efecto, aunque semejantes, semejantes... Para el profano, sí. Pero las quería de poco precio y empleé material plástico. Lo que no veo es en qué me concierne esto...

—En nada, en nada. Sé lo que vine a saber, y esto es todo.

Guardándose las trenzas, abandonó Gramont la trastienda seguido por el peluquero.

Tras el mostrador de caja, Hortensia Visbal dedicó en vano su más insinuante sonrisa al joven inspector.

En la acera, indagó Visbal:

—Inspector, preguntarle dónde consiguió o recuperó estas trenzas, ¿sería indiscreto?

—Sí.

—Ya... ¿Y está seguro que son las tuyas, es decir, pelo de verdad?

—No he quitado el papel de seda, pero en el laboratorio analizarán.

—Así, a ojo, me parece pelo legítimo. Pero, entonces, ¿el asesino cortó las trenzas postizas?

—Esto parece.

La llegada de la pelirroja Natalia atajó el diálogo.

Dedicó una sonrisa, mitad amable, mitad burlona, a ambos, y entró en la peluquería, mientras Gramont se alejaba.

—Buenas tardes, señorita Visbal.

—Buenas tardes, señorita Natalia.

—¿Puede atenderme?

—Por tratarse de usted, sí.

Para ciertas clientas, Hortensia Visbal revestía la blusa roja. Atendía personalmente a Natalia, porque era una cliente exigente y difícil.

Y sobre todo porque la parisiense era una publicidad ambulante para su establecimiento.

Sin saberlo, Natalia imponía la moda entre las elegantes de la ciudad. Ya instalada en el sillón, la conversación derivó prontamente sobre el tema que era la comidilla de todos.

Natalia dejaba preferentemente hablar a la peluquera, locuaz.

Era visible que Hortensia detestaba cordialmente a la víctima.

—No quisiera hablar mal de la desgraciada, pero entre nosotras, le confesaré que a mí siempre me pareció una solemne hipócrita. Y siempre con aires de altivez, como si los demás fuéramos muy poca cosa. Pero, en cambio, solapadamente, casi perseguía a los hombres, sin importarle si estaban o no comprometidos.

—Se rumorea mucho de un joven profesor.

En el espejo, vio Natalia endurecerse las facciones de la peluquera.

—Oh, si fuera una a hacer caso de todos los comadreos —dijo Hortensia, avinagrada de pronto.

Prefirió Natalia abordar otro tema.

—Parece ser que el asesino le cortó las trenzas. Es increíble.

—Un loco.

—O tal vez un hombre que quería conservar un recuerdo de ella.

—Esta clase de románticos no existe, señorita Natalia. Mi opinión personal es que con sus aires de santita, enloqueció a un buen hombre al que la sangre le subió a la cabeza... Créame, hay mujeres que se comportan de tal modo que se buscan una mala muerte, señorita Natalia.

Cuando la pelirroja salió de debajo del casco, encontró a Hortensia en la caja. Al ir alineando el dinero, echó una mirada al cartón donde un elástico sostenía una docena de tijeras de diversos tamaños.

Una docena a la cual le faltaba un ejemplar.

Exactamente del mismo tamaño y formato del que se encontraba en el bolsillo de su abrigo imitación pantera y que todavía llevaba adherida la etiqueta de la casa.

Inocentemente, inquirió Natalia:

—¿Vende alguna? —Y señalaba el cartón.

—Nunca. Aquí, aparte perfumería y...

Repentinamente, la ojeada de la peluquera destelló enojo. Empuñando el cartón, comentó:

—Pues... falta un par. ¡Hay que ver! Tuvieron que robármelo, no cabe duda. Aquí nadie emplea esta clase de tijeras, y hará más de un año que nadie ha comprado ninguno. Además, y lo recuerdo perfectamente, anoche mismo la pobre Agnes Duprez, antes de ir hacia su muerte, pasó a comprarme un champú y al pagarme volvió el cartón. Al yo ponerlo nuevamente en pie, lo hubiese notado, de faltar algún par. Se ve enseguida.

—Tal vez esta mañana.

—Imposible. No me he apartado de la caja.

—A lo mejor fue la propia Agnes quien, por descuido, se llevó las tijeras.

—¿Ella? ¿Y para qué?

—¿Y si fuera ella misma la que se cortó las trenzas?

—Eran postizas. Y baratas. Lo sé, puesto que mi hermano las confeccionó.

—En este caso..., y sobre todo si después de irse Agnes cerró usted la tienda...

—Bueno, tuve un último cliente que vino a comprarme crema de afeitar. Pero ni vale la pena mencionarlo. Se reirían de mí si me atreviese a sospechar que fuera capaz de robarme un par de tijeras. Me refiero al abogado Clement. Un hombre de bien. Intachable.

CAPÍTULO IX

Con sus tres cartas en el bolsillo del abrigo negro, Casimir Clement se dirigía hacia Correos. Eran las seis menos diez.

Había pegado los sellos correspondientes y llegó a los buzones sin encontrar a ningún conocido.

Echando una mirada en rededor y comprobado que nadie le veía, dejó caer sus cartas por la ranura del servicio urgente interior. Y se alejó furtivamente.

Hacía mucho frío. Ya no había caído más nieve, pero la de la víspera, congelada, endurecida y sucia, seguía apilándose junto a los bordillos de aceras y en todos los huecos.

Remontando la calle de las Acacias, iba a girar hacia la calle Mayor, cuando experimentó repentinamente la sensación de tener a alguien detrás, muy cerca. Se volvió bruscamente.

Un Papa Noel se paró a dos pasos.

Clement no pudo reprimir el estremecimiento que le sacudió.

Por entre la estopa de bigote y barba, una voz aparentemente aguardentosa, insinuó:

—Espero que no le asusto, señor Clement.

—No veo porqué iba a asustarme, buen hombre.

El de la hopalanda roja deslizó una hojilla de propaganda entre los dedos enguantados del abogado.

—Por si tiene que hacer regalos en las fiestas... Yo, a lo mejor, tengo también un regalo para usted.

—¿Un regalo?

—Por ejemplo, cierto par de tijeras.

Clement tuvo que hacer un esfuerzo para encubrir su turbación.

—¿Tijeras? ¿Por qué tijeras? ¿Quiere venderme unas tijeras?

—Vendérselas, no; devolvérselas.

—No comprendo.

Del bolsillo de su hopalanda roja, sacó el disfrazado el par de

tijeras que llevaba todavía bien adherida la etiqueta del salón Visbal.

—Si no las perdió usted, iré a llevarlas a la sección policial de objetos encontrados. Yo soy honrado. No me gusta guardar lo que no me pertenece.

Clement, en gesto repentino, intentó apoderarse de las tijeras, pero el otro, más rápido, cerró la mano en torno a ellas.

Y con un vigor que Clement no hubiese sospechado por parte del viejo borrachín, asestó un toque de canto con la zurda en la muñeca adelantada, deteniéndole en seco el gesto.

Protestó el abogado:

—¡Ey, ey! ¿Está loco o qué? Me ha hecho daño.

—Disculpe, disculpe, pero yo soy ferviente partidario del toma y daca.

—¿Del toma y daca?

—Yo le ofrezco estas tijeras. ¿Qué me ofrece a cambio?

El abogado se puso rígido.

—No tengo por qué hacerle ningún regalo. Y ya he perdido bastante tiempo con usted. Vaya a dormir la mona a otra parte.

Sacó del bolsillo una moneda de cinco francos, tendiéndola.

—Tome. Y no haga mal uso de este dinero.

El otro dejó escapar una risotada detrás de su barba que le cubría el rostro como una máscara.

—Con todos mis respetos, abogado, su moneda puede hincársela donde le quepa. Bien, bien... Reflexione y si quiere encontrarme, esta medianoche me hallará a la salida del teatro Principal. Quizá le interesa hablar conmigo. De lo contrario, llevaré esta herramienta a la comisaría explicando dónde y cómo la encontré. Hasta la vista.

Dando media vuelta, se fue el Papá Noel. Silbando una marcha militar.

El abogado Clement, seca la garganta, húmedas de frío sudor las manos enguantadas, giró la esquina para desembocar en la calle Mayor, resplandeciente de luces.

Otros dos Papá Noel distribuían sus hojillas malva y naranja.

Tratando de esquivarlos, Casimir Clement tropezó casi con el periodista Basil, que se hallaba en su ronda número quince de triple cerveza, y empezaba a estar achispado.

—¡Abogado, mi querido amigo Clement! No se escapará a su

perspicacia que están pasando cosas inmundas. Es preciso hacer algo.

—¿Hacer qué, por ejemplo?

El periodista encogió los hombros.

—Esto es lo que me pregunto. Vayamos a beber una cerveza al café de los Deportes.

—Tengo prisa.

—Entonces, entremos aquí. La cerveza es infecta, pero tienen un blanquillo que se deja beber.

Arrastró al abogado al interior de la tasca frecuentada por los aficionados a rellenar boletos de carreras. Las paredes estaban decoradas con fotos de los famosos pura sangres.

En el mostrador, ordenó Basil:

—Dos Pouilly en copas grandes.

Apenas les sirvieron y se fue el cantinero, afirmó Basil:

—Es preciso impedir esta ignominia.

—¿A qué se refiere?

—Al asesinato de esta desgraciada chica.

—Me parece un poco tarde, ahora.

—Nunca es demasiado tarde.

Bebiendo el vino blanco, Clement no podía replicar.

—Nunca es demasiado tarde para impedir un error judicial — remachó sentenciosamente el periodista.

—¿Qué quiere decir, Basil?

—¡Camarero! Lo mismo.

Clement no protestó. La primera copa de vino le había infundido una especie de calma íntima.

—Digo y digo bien, un error judicial. Geo quiere detener a Martial.

—¿Geo?

—El inspector Gramont se llama Georges. Créame, abogado, el inspector quiere meter entre rejas al profesor, y lo hará si no encuentra en esta ciudad algunos hombres con la suficiente sensatez y valor cívico para impedirlo.

—¿Y por qué quiere detener a Martial?

—Porque lo considera un conquistador sin el menor escrúpulo.

—Me parece levemente insuficiente para motivar una inculpación.

—Sí, pero Gramont acaba de notificarme en privado que el forense, procediendo a un nuevo examen, ha encontrado partículas de epidermis bajo las uñas de Agnes Duprez.

—¡Córcholis!

—Y tanto. Resulta, pues, que antes de morir ella arañó a alguien. Y la pejiguera es que el pobre Martial tiene una mejilla lacerada, como si hubiese jugado al «que te pillas, que te pillas por la perilla», con una gata salvaje.

Clement, a quien el vinillo sumía en un dulce sopor, dictaminó:

—Evidentemente, es una evidencia de cargo evidente.

—Y si solamente fuera esto, pero resulta, además, que Geo fue a hurgar por el sector del crimen y cerca del puente, en la entrada al camino, donde Agnes se hizo estrangular, encontró las huellas de los neumáticos del 2 CV de Martial, conservadas intactas en la nieve endurecida.

Esta vez fue el abogado el que ordenó:

—¡Camarero, otros dos!

Y añadió:

—Ya son muchas presunciones sospechosas, ¿no le parece, Basil? Y después de todo, ¿por qué no puede ser Martial el culpable? Ser miembro de la Universidad no es prenda de inocencia.

—De la Universidad, no digo nada. Pero pertenecer a la redacción del Eco es algo sagrado. Lo conozco bien a Martial, lo veo casi todos los días. Entre los dos elaboramos el periódico, se puede decir. Por esto puedo asegurar a usted y proclamarlo en plena faz de la justicia... ¡Martial no es un canalla ni un asesino!

Los que rellenaban boletos alzaron los rostros. Bajo el efecto de las cervezas y el blanquillo, Basil se había exaltado y casi bramó su última frase.

Con un ademán, el abogado le hizo comprender que pusiera sordina.

En tono más moderado, prosiguió Basil:

—De acuerdo que Martial ha perseguido a todas las mujeres que ha podido, sin importarle edad ni condición. De acuerdo que a veces ha enseñado una asignatura distinta a la historia a sus alumnos.

—¿Cómo dice?

—Me refiero a las chicas, naturalmente. De acuerdo que por

estas razones la mitad del pueblo preferiría verle en la cárcel que en la academia Pasteur. También de acuerdo en que se divirtió con Agnes, pero de esto a apretarle la garganta hasta dejarla sin respiración definitivamente, media un abismo, abogado. No es su estilo. Y mucho menos cortarle los cabellos a una muerta.

Rió entre dientes.

—Bueno, eso de cabellos, es un modo de hablar.

—¿Cómo? —Respingó Clement.

—No debería revelarlo y dejarle que lo leyese mañana en el Eco, pero usted es de toda confianza. La verdad es que... Bueno, la conseguí del propio Tino, del Bingo. ¿Le conoce, no?

Severamente, denegó con la cabeza Clement.

—Pues debería, porque es toda una personalidad. Este mediodía, el inspector fue a meter la nariz en el Bingo, ¿y sabe lo que encontró? Nada menos qué las trenzas de la muchacha, o sea, de la muerta.

—¿Eh? ¿Cómo? ¿Eh? —Se atragantó Clement.

Sus ojos bizqueaban al máximo voltaje.

Basil, entre dos sorbos de blanquillo, reía sardónicamente.

—Pero no vaya a creer, abogado, que es Tino el culpable. No es un chiflado ni un maníaco. Agnes le vendió su propio cabello.

Clement ostentaba una tez cenizosa.

—Pero entonces, en este caso..., ¿las trenzas que se llevó el asesino...?

—Postizas, pacotilla, manufacturadas por Visbal. ¿Qué? ¿Otra ronda?

—No, no, de veras... Gracias... Ahora he de volver a casa.

—Lo gracioso del caso es que posiblemente Tino le va a ganar por la mano al inspector y es capaz de liquidar al cerdo asesino. Porque sepa usted que Tino fue un gran truhán, un pistolero temible, y un verdadero animal. Como se le meta entre cejas la idea de vengar a la Duprez, con la cual, entre nosotros, es posible que tuviera sus devaneos, ¿eh?... ya puede empezar a rezar el asesino.

Casimir Clement, agarrándose al mostrador, notó que le temblaban las rodillas.

El periodista remachó:

—Personalmente, no me haría la menor gracia caerle entre las zarpas. Es de los que juzgan rápido. Juez y Verdugo, a la vez. ¿Se

da cuenta, abogado? Con Tino nada de atenuantes, ni matices ni recursos de apelación. Después de todo, tal vez... ¿no sería mejor así?

Clement bamboleó la cabeza en débil aprobación y echando un billete sobre el mostrador para pagar su parte, estrechó la diestra que tendía el periodista y salió.

El aire glacial de la calle le devolvió la serenidad.

Caminando como un autómatas, contestando a trechos a los saludos con ceremonioso sombrero, llegó a su domicilio. Subió directamente a su despachito privado, sin pasar por la oficina.

Recogió el expediente que contenían las trenzas postizas.

Y la tijera de bordar de su tía Honorina.

En su habitación, cogió las trenzas casi con asco. Las tiró entre los leños que ardían en la chimenea.

En minutos, entre penachos de chispas, las trenzas de plástico amarillo dorado se convirtieron en cenizas que aplastó y dispersó con el atizador.

Contorneando su cama de cobre, alta y estrecha, cubierta con un edredón verde y florido, fue a abrir la tapa del secreter situado entre una ventana y el armario.

De un cajón cerrado con llave sacó un revólver.

Un armatoste antiguo, que el difunto abogado Clement, el padre, había traído de la guerra del 40, además de dos heridas, una de ellas la que poco después, casi en plena juventud, le produciría la muerte por complicaciones imprevistas.

En recuerdo de su padre, al que apenas conoció, Casimir había conservado, aceitado y pulido el arma.

Comprobó el cargador. Repleto. Dispuesto a prestar servicio, esta vez en una guerrilla personal y muy privada.

Lo guardó, puesto el seguro, en el bolsillo de su abrigo negro.

Antes de salir, el espejo que estaba sobre la chimenea le devolvió la imagen de su rostro.

Sí, claro, aquel maldito defecto visual...

En el colegio donde estudió su bachillerato le llamaban vizconde.

Nunca pudo olvidar aquel apodo cruel.

También ahora le parecía una broma cruel las trenzas que había acariciado tan amorosamente.

Cabellos falsos, artificios de carnaval... Grotesco.

Antes que terminase la noche era preciso, era apremiante, que a cualquier precio se vengase de tanta burla.

Necesitaba tener entre las manos unos cabellos, unas trenzas verdaderas.

CAPÍTULO X

Tino Mircos hizo un ademán.

La pelirroja Natalia, que daba sorbitos a su Cinzano-*gin* en el mostrador del Bingo, se apeó del taburete y siguió al corso, que había desaparecido en la trastienda del local.

Le encontró sentado en la esquina de la vieja mesa despacho tapizada de facturas, pagarés y albaranes.

—Tenía que hablar contigo, muchacha, pero tuve que aguardar a que mi leona se ausentase un rato. ¿Captas?

—¿Qué es lo que he de captar?

—Que lo que voy a decirte ha de quedar entre tú y yo. ¿Está clarito? Entre tú y yo exclusivamente. Punto y aparte.

—Oh, vamos, sabe usted muy bien que yo no soy una necia parlanchina.

—Lo sé, pero que me lo demuestres una vez más, no sobra.

La detalló en ojeada apreciativa, demorando la mirada en la opulenta cabellera rojiza.

—Vaya pelocha que te traes, doncella. Fenomenal tu melena.

—Oiga, ¿es para hablar de mi cuero cabelludo que me llamó? ¿O es que quiere venderme un champú?

El corso esbozó un rictus.

La pelirroja no estaba de buen humor. Dijo, con aspereza:

—¿Es mi cara la que le hace mondar-se?

—No, Natalia. Es pensar que una muchacha instruida como tú, aunque tenga a su hombre ausente de presidio, no debería emplear un vocabulario grosero y aires de hampona, cosas que normalmente me inspiran arrearte un chaparrón de tortas.

—Esto, en todo caso, sería un asunto entre Bruno y yo.

—Perfectamente de acuerdo. Allá cada mico con su mona. Te hice solamente notar que no me agradan las chulerías por más idiomas que te sepas.

—Conforme. Estábamos hablando de mi sistema capilar.

—Exacto. Tus bulbos capilares son objeto de mi máxima atención y respeto en estos instantes. Cabellos como los tuyos, no hay ni tres mujeres en toda la comarca que puedan vanagloriarse de poseerlos, así tan maravillosamente atractivos.

Halagada, se suavizó ella.

—Gracias. No presumo porque es cuestión de naturaleza, pero, claro, me agrada que usted, un técnico veterano, los alabe.

—Eso de veterano, puedes garantizarlo. Bien, abierto ya el fuego, vamos a ver si captas mi razonamiento. «Primo», que dicen tus eruditos latinos; una mujer con una pelambre como la tuya que es capaz de paralizar el tránsito rodado. Segundo, una especie de majareta, orate o desquiciado, vulgo esquizofrénico con tintes de marqués de Sade provinciano, obsesionado con gotas o chorros de Freud por el pelo de las damiselas, y tan embriagado por su clase de manía que hasta llega al asesinato. ¿Me sigues?

—Mal hasta ahora.

—No lo aprendí en los libros, sino por los círculos de Montparnó y alrededores, que esta clase de averiados de la chaveta, una vez lanzados, no hay quien los pare. Que es precisamente la razón por la cual se hacen atrapar. Entonces, por un momento, imagínate, Natalia, que te peinas con dos trenzas, exactamente igual que la chiquilla difunta.

—¿Trenzas? Oiga, ¿y por qué no bucles, caracolillos, un aro y calcetines cortos?

La entonación cantarina del corso fue repentinamente muy seca.

—Ruego a la joven maestra que no se pitorree. Me dolerían los nudillos y el alma si tuviera que soplarle un par de mojicones en los dientes frontales, incisivos y caninos incluidos. Hazme el favor de considerar que siempre he sido considerado contigo, ¿sí o no?

—Sí. Bien, sigamos con las trenzas, señor Tino.

—Admitamos que peinas trenzas y te paseas bien visiblemente por la ciudad, por todas partes. Insisto, por todas partes.

—¿Haciendo qué...?

—Paseándote. Simplemente dejándote ver. Es todo. Sin una mirada provocativa, ni una palabra ni una sonrisa. Muy correctamente.

—Háblele primero a Bruno. Luego, veremos.

—Visto. No es necesario hablarle a Bruno. Ni a él ni a nadie. ¿Está claro? No te inquietes que no perderás nada. Es más. Te haré un buen regalo. Por ejemplo, todos los long-play de tu conjunto favorito. Y, ahora, ya hemos discutido bastante. Sube arriba, te peinas como dije, y bajas rápidamente.

—Un momento, un momento... ¡Ya vi la luz! Y no quiero ver las estrellas. Usted me quiere emplear de oveja. Beé, beé... Y el asesino, si está aún por la ciudad, se me echará encima en cualquier rincón oscuro. Ni hablar, señor Tino. Le aprecio. Soy buena y servicial, cuando me place, pero de eso a ir a que me estrangulen, hay un gran trecho.

—Nada arriesgarás.

—Eso dice usted.

—Y lo repito.

La asió por los hombros, mirándola fijamente:

—¿No tienes confianza en mí?

Desviando la mirada, murmuró ella:

—Sí, pero... el miedo es libre, ¿no? Además, ¿para qué, usted, me quiere complicar y complicarse?

—Una confidencia. La oyes, la olvidas, y nunca lo dije. Hubo una chica con trenzas. Yo la adoraba de lejos. Se fue o me fui. Sanseacabó y nunca hubo nada. La llevo muy adentro. Terminada la música de tango, toco el tambor. Estrangular cobardemente a una chiquilla de veinte años me crispera el vello.

—De acuerdo, señor Tino. Pero recuerde que deseo cumplir los veintiséis.

—Lo tendré muy en cuenta, descuida. Sube y no tardes. Cuando bajes, no pases por el bar. Vete por la escalera que sale recto a la calle.

—¿Y después?

—Haces lo que te he dicho. Vas al centro y te paseas.

—¿Por dónde?

—Donde quieras. Bares, cafeterías y escaparates. Es decir, te exhibes. Y sobre todo, allá donde me veas, no me reconoces.

—¿Y hasta cuándo paseo?

—Hasta que alguien venga a hablarte o te siga.

Subió ella la escalera que conducía al piso.

Por su parte, Tino Mircos fue al vestuario contiguo a la

trastienda. Se enfundó en un amplio abrigo gris, «Loden», encasquetándose un gorro de astracán.

A su vez, subió al primero para recoger la automática «F. N.», que guardó en el bolsillo del abrigo.

Poco después estaba en la calle.

No tardó mucho Natalia.

La vio salir del pasillo próximo a la entrada del Bingo, iluminada de neón violeta.

Pasó sin darse cuenta de que él la observaba, oculto en las sombras de un zaguán.

Como peinado, era un acierto.

Dos trenzas que colgaban al dorso de su abrigo de imitación pantera. Dos faros.

La pelirroja había adoptado un aire altivo y distante. Caminaba con tiesura.

Tino percibió bajo aquel aspecto de distinción un pánico latente.

La dejó tomar delantera y empezó a seguirla.

Casimir Clement se dirigía hacia el río y llegó al otro extremo de la desierta avenida.

Distaba apenas unos metros del cobertizo, parada de autocares.

Con un poco de suerte, encontraría a Néstor cenando su menú predilecto. Salchichón, camembert y un litro de tinto.

Clement se internó tras la línea de los olmos.

No había nadie en la banqueta del cobertizo. Y la bombilla, posiblemente fundida, estaba apagada.

Miró Clement la esfera fosforescente de su reloj. Tan sólo eran las ocho menos diez. El otro no tardaría en llegar.

Los clochard eran gente que curiosamente se atenían a sus costumbres. El viejo borrachín acudiría, ya que había elegido como cenador el cobertizo aislado y tranquilo.

Apoyado en un olmo, invisible en su sombra, esperó.

No tuvo que esperar mucho tiempo. A los cinco minutos, con su peculiar andadura vacilante, el vagabundo disfrazado de Papá Noel, avanzaba hacia el cobertizo.

Mascullaba, hablando a solas, y debía ya transportar una buena dosis de alcohol en el buche.

Colocó sobre la banqueta una botella, un paquete grasoso envuelto en papel de periódico y se liberó de su hopalanda y la

copiosa barba.

Sentándose, se disponía a airear sus vituallas, cuando a menos de cinco pasos restallaron los tres disparos.

Alcanzado por una bala en la garganta, y otras dos en el pecho, se dobló, repentinamente hacia adelante.

Encogido, se desplomó sobre el pavimento del cobertizo.

No había tenido ni tiempo de lanzar un grito.

Adherido al olmo, Clement aguardó unos instantes, petrificado, reteniendo su aliento.

Y, como nada se movía por los contornos, acabó por desprenderse del olmo y franqueó los pocos metros que le separaban del cobertizo.

Se inclinó sobre Néstor.

Estaba muerto. Fulminantemente muerto.

De perfil contra el suelo, torcida la boca en una mueca que, lentamente, se transformaba en una sonrisa beatífica, de descanso, de paz.

Clement sintió la tentación de echar a correr. Se dominó. Tenía que recuperar las tijeras.

Registró los bolsillos del mugriento abrigo y del pantalón remendado. Solamente descubrió un paquete de tabaco negro, calderilla, un encendedor de mecha trenzada y una medalla militar, condecoración al Valor Individual.

Clement se irguió, sudoroso, casi preso de vértigos.

Se volvió hacia la banqueta para coger la hopalanda roja, todavía tibia del calor del viejo vagabundo.

Hurgó en uno y otro bolsillo. Nada. Aparte del polvillo de tabaco y varios billetes de Banco.

Pensó que en definitiva, las tijeras ya no demostraban nada, ahora el aspirante a chantajista estaba muerto.

Lo razonable era irse, sin más.

Pero había algo que vencía a su razón y a su voluntad.

Aquella túnica roja que tenía entre las manos le fascinaba. No pudo resistirlo.

Y, al igual que hizo la noche anterior, revistió la túnica roja y se ajustó la barba, bajándose el capuchón hasta cubrir totalmente su sombrero tirolés.

Bajo el brazo, se llevó el paquete de folletos de propaganda.

Dejando atrás el cadáver, ovillado en forma de gatillo, remontó en dirección al centro de la ciudad.

CAPÍTULO XI

Sentíase fuerte, poderoso, genial y cruelmente triunfador. Como un vengador de todos los tímidos despreciados por la mujer.

Por instinto, había adoptado la andadura titubeante de Néstor.

No había la menor posibilidad de que el cadáver fuera descubierto en el cobertizo en tinieblas.

El lugar era el sitio más desierto de la ciudad, y el último autocar había pasado a las siete y media.

Durante toda la noche iba a ser aparentemente Néstor y todo cuanto hiciese le sería atribuido al vagabundo.

Ahora era libre como nunca lo había sido. Libre, en el anonimato, y dueño de la ciudad.

Antes del amanecer, habría abandonado en algún rincón aislado, un cadáver de mujer, llevándose el cabello como trofeo.

Bastaba saber aguardar y ser paciente.

Durante media hora, se entretuvo en deslizar por las buenas o a la fuerza, hojillas de las Galerías Parisinas en las manos de sus conciudadanos.

Cuando le cansó aquel juego, entró en un bar, y después, en otro. Eligiendo tascas en las que nunca había entrado hasta entonces.

Para no delatarse, había adoptado la solución de expresarse únicamente por medio de gruñidos, donde solamente añoraban las palabras «tinto» y «blanco seco».

En cada mostrador, encontraba nuevas relaciones. Otros borrachines que le palmoteaban el hombro cordialmente y que le ofrecían un trago.

Otros le narraban historias interminables, sin que tuviera que molestarse en contestar, salvo con cabezadas y gruñidos aprobatorios.

Nunca había vivido en un universo tan cálido, tan fraternal, tan

embebido de cordialidad alcohólica.

Flotaba en una especie de seráfica beatitud, hasta que en el local número seis comprendió que había llegado el momento decisivo.

El local se intitulaba: La Etapa Sabrosa. Una cantina para camioneros, bordeando la nacional que flanqueaba el río, en las afueras de la ciudad.

Surgió el relámpago.

Una joven alta, con abrigo de piel de pantera, de opulentos cabellos rojizos. Y dos trenzas gruesas enmarcando su semblante.

Una verdadera aparición prodigiosa.

Clement no lograba identificarla. Tenía un vago recuerdo de haberla vislumbrado al azar de cualquier calle, pero no igual a como aparecía ahora.

Era difícil de definir. Sus facciones, su maquillaje, su aspecto, su modo de vestir, revelaban a la chica moderna, segura de sí misma, despreciativa en apariencia.

Y, en cambio, su peinado en trenzas daba a su rostro una expresión muy pura, casi infantil.

De lo que estaba plenamente seguro era de que se hallaba ante la mujer que buscaba.

Los camioneros hablaban con ella, pero era evidente que la pelirroja iba sola y deseaba quedar sola.

Tuvo Clement la suerte de no verse obligado a demorar demasiado tiempo en la cantina, donde algún camionero le había ya hecho objeto de bromas campechanas.

Terminaba Clement su vino blanco, cuando la pelirroja, abrochándose el cuello del abrigo, abandonaba el mostrador.

Se dirigió a la salida acompañada por los silbidos admirativos y los comentarios más o menos graciosos de los camioneros.

No muy lejos, oculto en el umbral de un garaje, estaba Tino Mircos.

Al pasar delante de él, inmóvil, Natalia se limitó a mirarle de soslayo, guiñándole a la vez y encogiéndose de hombros, como dando a entender que, por el momento, la caminata no daba resultados positivos.

La puerta encristalada de la cantina se abrió, saliendo Casimir Clement, arropado en la roja túnica encapuchada de Néstor.

Y esta vez, al pisar la acera al otro lado de la autopista, Clement

no tuvo que hacer el menor esfuerzo para simular la andadura tambaleante del viejo borrachín. Le salía muy natural.

El aire frío le fue despejando.

La culata de la pistola, hundida en su bolsillo, se entibiaba al contacto de los dedos crispados.

Veinte metros ante él, Clement veía caminar la mancha clara y moteada del abrigo de la pelirroja. Una especie de pantera femenina.

El abogado tenía la impresión de ser un cazador.

De estar sobre el rastro de una fiera.

Una impresión muy emocionante.

Sin precipitarse, de zancada en zancada, iba reduciendo la distancia que le separaba de la joven de las trenzas rojas.

Quería alcanzarla antes de que llegasen a la zona demasiado iluminada, de donde arrancaba la calle Mayor.

Le deslizaría un folleto en la mano y le hablaría con cualquier pretexto. Todavía no sabía lo que iba a decirle, pero esto era lo de menos.

No iba ella a desconfiar de Papá Noel.

La invitaría a un aperitivo en la tasca de los fluviales, cerca de la esclusa. Si ella titubeaba, la pistola, al salir del bolsillo, sería el mejor argumento convincente.

El muelle de los fluviales, que ya no era transitado comercialmente, era un lugar todavía más desierto que el camino hacia los chalets.

Apenas estuviesen en la ribera entre los juncos, la inmovilizaría.

Y, serenamente, sin nerviosismo, le descargaría dos balazos en el corazón. Las únicas dos balas que quedaban en la automática.

Después agarraría las dos trenzas. Y tiraría de ellas, para asegurarse esta vez de que no eran postizas.

Y cortaría, cortaría aquel esplendor de rojo pelo, aquella mata sedosa y roja, trenzada, con las tijeras de bordar de su tía Honorina.

Después se libraría del disfraz y volvería al tibio ambiente de su cuarto, donde el fuego de leños roncaba amistoso.

Estaba ya a dos metros de la pelirroja. Le pareció que ella había aminorado el paso.

Oblicuó hacia el bordillo de la acera y al llegar a la altura de la pelirroja, ya tenía un prospecto en la mano.

Cuando lo hubo colocado en la mano de la joven, ella le echó una ojeada rápida y pareció decepcionada.

Y dijo con cierta acritud:

—Oye, ¿es que crees que hago colección? Desde principios de semana, por lo menos ya me han largado un centenar de papelitos. Dada la hora, es posible que no veas muy claro, ya que conmigo pierdes el tiempo, Totor.

Una voz suave replicó:

—Se equivoca. Yo no soy Totor.

Se estremeció ella, mirando con más fijeza el blanco espesor de mostacho y barba.

—Pues hubiese creído que era Totor..., viéndole empinar el codo en la cantina, no hace mucho.

—¿Tiene..., tiene mucha prisa, Natalia?

No pudo ella reprimir una risita nerviosa.

—¿Sabe que me llamo Natalia?

—En la cantina, así la llamaban sus amigos.

—Bueno, tanto como amigos... Son gente a quien veo de uvas a peras. Me gusta pasear de noche y alternar, sin más.

—Tiene..., tiene un pelo precioso, muy hermoso.

—Eso dicen todos.

—¿Tiene prisa?

—Prisa, lo que se dice prisa, pues no.

—En este caso, quizá podríamos dar un paseo juntos.

Natalia rió abiertamente.

—¿Con usted... disfrazado así?

Casimir Clement experimentó el súbito deseo de matarla allí mismo.

Otra que se reía de él. Otra que se burlaba en su propia cara.

Se dominó.

—Puedo mudarme en un santiamén. Vivo cerca de aquí, cerca de la esclusa. Tengo una habitación encima del bar de los fluviales, ¿se da cuenta?

—Me doy cuenta.

Y, Natalia, volviendo la cabeza, sondeó las sombras de la calle a sus espaldas.

Debió divisar una presencia tranquilizadora, porque sonriente, dijo:

—De acuerdo. Voy con usted, pero ojo... No se confunda. Soy una chica moderna, pero no una buscona. ¿Se portará bien?

—Yo siempre me porto bien.

Se aproximaban a la calle Mayor, pero giraron una esquina, internándose por una calleja escasamente iluminada, que descendía hacia el río.

Dijo la pelirroja para romper el opresivo silencio angustioso:

—Es curioso... Estaba segura de que era Totor. ¿Le conoce?

—Vagamente... Pero de noche, ya sabe..., todos los gatos son grises.

—Conocerá también a Bruno.

—¿Bruno?

—Pero, hombre, es otro que hace el Papá Noel como usted.

—Ah, ya, Bruno, claro... Le diré una cosa. Yo hago este oficio más bien para distraerme que por necesidad. No necesito el dinero. Pero ser Papá Noel es algo..., algo importante... ¿Y si realmente yo fuese el legítimo Papá Noel, eh?

Natalia ya no tenía ganas de reír. Sentía pánico.

Después de la encrucijada, donde había una gasolinera que cerraba de noche, se hallarían en plenas tinieblas, con la susurrante ribera del río a menos de cincuenta metros.

Le hubiese gustado oír los pasos de Tino Mircos tras ella, o percibir su silueta.

Pero por más que tendiese el oído y se volviese a instantes, no localizaba en la noche ninguna sombra tranquilizadora.

Intentó rehuir la proximidad de las tinieblas.

—¿Y si..., y si fuese directamente a esperarle en el centro? ¿En el café de los Deportes, por ejemplo? ¿Lo conoce?

—Sí, pero no veo la razón para que nos separemos.

—Es que me duelen un poco los pies, con estas botas de tacones altos, caminando por la escarcha, ¿sabe?...

—Casi hemos llegado ahora.

Sintió la mano del desconocido cogiéndola del brazo, apretándolo, mientras continuaban avanzando.

Habían pasado ya la gasolinera a oscuras. De nuevo, volvió Natalia la cabeza.

Unos cuantos pasos más y se esfumaría ella por las densas tinieblas del muelle mal adoquinado que desembocaba en la ribera

lúgubre.

Pero repentinamente, alguien surgió a sus espaldas.

Una sombra alta que vino a cerrarles el paso.

Otro Papá Noel.

La pelirroja reconoció inmediatamente a Bruno Fripon, su novio.

Y respiró aliviada.

Bruno Fripon habló con dureza amenazadora:

—Pero ¿qué pasa aquí? ¿Estás mal de la chaveta, chica? Mira que pasear con este viejo borrachín apestoso. Ha sido una suerte que me encontrase por los alrededores, casualmente.

Meditó Natalia que la casualidad estaba relacionada con la gasolinera. Casi seguro que Bruno planeaba desvalijar la caja de la gasolinera.

—Oye, Bruno, un momento, deja que te explique —empezó ella a decir.

Miraba en torno, esperando ver aparecer a Tino, que se encargaría de poner las cosas en claro.

Pero Tino seguía sin asomarse.

En cuanto a Bruno, la emprendió con el que creía que era Néstor.

—Tú, paleta del demonio, borracho inmundo, lárgate y al trote. Como te vuelva a ver haciéndole la rosca a mi novia, te pondré la jeta como un mapamundi. ¿Te enteras bien, Néstor?

—¡No es Néstor, te confundes, Bruno! —exclamó la pelirroja.

—¿Qué, qué...? —Se atragantó el hampón fugitivo.

Y añadió torvamente:

—No pretenderás hacerme creer que es el otro chiflado de Janot, ya que tiene por lo menos un palmo más de alto que este fulano.

—Te juro que... es otro...

—Esto lo vamos a ver, y al instante mismo.

Embistió hacia el abogado, dispuesto a echarle atrás la capucha y arrancarle la barba, que le enmascaraba el rostro.

Se detuvo en seco.

Miraba el cañón de la pistola dirigido a la altura del tercer botón de su túnica roja.

Y una voz calmosa, sin matices, más bien suave, le advertía:

—Haga un solo gesto y disparo.

CAPÍTULO XII

—¿Bromeas? —Silabeó el corso.

—En absoluto —replicó el abogado.

Empuñaba con firmeza la automática.

Natalia advirtió:

—Cuidado, Bruno. Es capaz de disparar. Es él, ¿sabes? Es él...

—¿Es el... qué, quién?

—Es él quien estranguló anoche a Agnes. Ahora ya estoy segura.

Y esta noche se disponía a hacer lo mismo conmigo.

Clement tragó saliva. Tenía la garganta muy reseca.

Los dos Papá Noel se acechaban en silencio.

Por fin masculló el corso:

—¿Conque eres tú, abogado? ¿Qué diablos haces disfrazado así?

—¿Es que no me comprendiste, Bruno? —Se impacientó la pelirroja—. Te digo que quería llevarme hacia el río para estrangularme.

El abogado permanecía silencioso.

El fugitivo del penal de Juvisy indagó:

—Pero ¿cómo te dejaste pescar?

—El asunto es demasiado complicado. Te lo explicaré después.

—¿Después, eh? ¿Después de qué, so loca? —Se impacientó el corso.

Y, volviendo a enfrentarse con el abogado que seguía encañonándole, conminó:

—Anda, baja el cañón. Podemos hablar, ¿no? Te sentías menos agresivo cuando tú y yo charlamos cerca de la iglesia y te mencioné las tijeras que te olvidaste como un novato, que eso es lo que eres.

El abogado biqueó atrozmente, y tuvo dificultad en pronunciar:

—¡Pero no eras tú!

—Sí, era yo y solamente yo, no el viejo borrachín, como te hice creer. Y te habrías dado perfecta cuenta cuando hubieses acudido a

la cita.

Casimir Clement sintió que un frío sudor le resbalaba por el espinazo.

Había liquidado a Néstor inútilmente.

Ahora no tenía más remedio que liquidar a la pareja.

Bruno Fripon interpretó su silencio como reacción temerosa.

—Veo que ya has comprendido que lo sé todo, abogado. No te conviene hacerte el pistolero. Entre dos Papá Noel cabe entenderse. No será difícil ponemos de acuerdo sobre el regalo que me harás. Y después, si te he visto, ni me acuerdo. Vamos, enfunda tu petardo...

Atajó Clement:

—Sostengo la tesis contraria.

—No empieces con jerga de leguleyo, so rábula. Tenemos que hablar...

—No tenemos nada que decimos. Y ahora, los dos, echad adelante, sin ningún gesto peligroso para vosotros.

—¿Cómo dices?

—Que avancéis.

—Pero ¿dónde?

—Recto, calle abajo hacia la ribera.

—¿Estás chiflado, no? No pretenderás...

—Andando y callados, o disparo.

Natalia se puso a caminar, temblando de frío y de miedo, bajo su abrigo.

Tras un instante de titubeo, la siguió el corso.

El segundo Papá Noel cerraba la marcha, pistola en puño.

El trío se difuminó en las tinieblas.

Durante unos instantes no se oyó más rumor que el de sus pasos, sofocado por la alfombra de nieve.

Truncó el silencio la voz de Fripon, algo suplicante:

—Escucha, abogado, cuando te hablaba de un regalo, era broma, hombre. Ni Natalia ni yo te deseamos ningún mal. Comprendemos las cosas.

—¿Qué cosas?

—Ayer se te fue la mano, y esto le puede suceder a todo el mundo, y si cada vez que pasa algo semejante, fuese preciso avisar a la policía, iban a quedar agotados... Por consiguiente, vamos a darlo todo por olvidado. Ya no nos ocupamos más de ti. Nos

olvidaremos por completo de que te hemos visto. No cabe una proposición más decente, ¿verdad?

Clement siguió silencioso.

Cada vez más inquieto, insistió el corso:

—Pero, oye, no pensarás siquiera suprimimos por una tontería semejante... Mira, para que veas que soy buen chico, te dejo que te vayas con mi novia.

—Gracias por el regalito, pero ni hablar. ¿Te crees que soy tonta o qué? Luego, éste a solas conmigo, me arrancaría el cuero cabelludo.

El corso se hizo persuasivo:

—No, mujer, no seas imaginativa. Ha quedado claro que el asunto de anoche fue un simple accidente..., un error...

Seguían avanzando. La ribera distaba solamente unos metros.

Y Clement continuaba silencioso.

Natalia suplicó:

—Abogado, yo, al fin y al cabo, ni entro ni salgo en todo este tejemaneje, ni sé nada de nada. Puede dejarme marchar, y le juro que no diré nunca ni palabra.

—¡Maldita traidora! —imprecó Fripon—. ¿Ahora intentas dejarme a solas con... el abogado?

—Ya sería hora que afrontases tus responsabilidades, Bruno. Yo no veo razón alguna para acabar de mala manera por algo que ni me va ni me viene.

—¿Y quién fue a la peluquería para informarse sobre las tijeras? ¿Quién me comunicó el nombre y la dirección del señor? ¿No fuiste tú, eh?

—Porque me vi obligada y eres muy bruto...

—¡Basta de discusiones! —atajó el abogado—. Lo que puedas tú decir o no, Bruno, ya no importa...

Balbució el hampón:

—Esto es demasiado idiota, demasiado idiota. No hay derecho, hombre. Pero ¿qué habré hecho yo para que me caigan encima tantas calamidades?

Reprochó Natalia:

—Ahora es cuando deberías demostrar que eres muy hombre. Das pena. Parece mentira... Escuche, abogado, déjeme hablarle como mujer. Estoy de acuerdo en irme con usted. Si quiere, a mi

piso. Tengo buenos discos. Podremos oír música.

 Sarcástico, comentó el abogado:

 —Para músicas estoy yo ahora...

 No tuvo tiempo de añadir nada más.

 Bruscamente, tras ellos, acababa de surgir mía sombra.

 Y Casimir Clement, alcanzado en pleno cráneo por el culatazo,
se derrumbó de bruces.

 Exclamó Natalia inmensamente aliviada:

 —¡Córcholis! Tarde, pero a tiempo, Tino.

CAPÍTULO XIII

Inclinándose, el dueño del Bingo recogió del suelo la pistola que se le había escapado de los dedos a Clement al desplomarse.

La deslizó en el bolsillo de su abrigo.

El abogado, gimiendo lloroso, trataba de incorporarse, sin lograrlo. Se quedó sentado.

La capucha y su sombrero tirolés habían amortiguado el golpe.

Tino Mircos especificó por honrilla profesional:

—Conste que te aticé flojo.

Consiguió Clement levantarse, y preguntó:

—¿Por qué se mete en lo que no le importa?

—Dicho de otro modo, te interesa saber quién me ha dado vela en este funeral. No te inquietes, cerdo, que pronto vas a saberlo.

Clement le contempló con más asombro que temor. Sus ojos, bizcos, evocaban las pupilas del pájaro nocturno fascinado por un faro.

Natalia señaló al otro Papá Noel, para evitar confusiones.

—Éste es Bruno.

—Ya lo sé. Lo oí todo.

—Pues, oiga, habría podido intervenir un poco antes. Felizmente que no soy cardíaca...

Bruno Fripon no parecía muy contento de verse ante Tino Mircos.

Le preguntó a Natalia:

—¿Es que sabías que nos venía detrás?

—Claro que sí, o de lo contrario me muero de miedo con este energúmeno y su pistola. Lo que pasaba es que ya empezaba a tener mis dudas, y pensé que el señor Tino se había extraviado por la oscuridad.

—Pero ¿qué diablos es todo este jaleo?

Y esta vez interpelaba Bruno Fripon al otro corso.

Pero fue ella la que replicó:

—Es sencillo, Bruno. Yo hacia la oveja, la cordera, vamos... para tu amigo, para que él pudiera localizar al sujeto que anoche estranguló a la rubia Agnes. ¿Comprendes ahora?

Bajo la barba de estopa, las facciones de Fripon se endurecieron.

—Oye, Tino, ¿y a ti quién te ha autorizado para embarcar a mi novia en esta clase de potajes?

—Era necesario que pudiera ponerle la mano encima al asqueroso que mató a Agnes.

—¿No podías buscarte a otra cordera? Por ejemplo, ¿a tu mujer?

—No bromees, Bruno, no bromees.

—Pero ¿por qué precisamente elegiste a Natalia?

—Porque cabellos como los suyos ninguna los tiene iguales en toda la ciudad. Ninguna.

Bruno Fripon se volvió hacia el abogado, muy atareado, dándose masaje en el cráneo.

—Y ahora, ¿qué hacemos con ése?

—Es asunto mío.

—¿Tuyo? Aclara.

—Tú y ella, id a esperarme al Bingo. Yo me encargo de ése. Y cuando regrese dentro de un cuarto de hora, los cangrejos del río tendrán carne de leguleyo en su menú.

—Veamos, veamos, no hablará en serio —farfulló Clement, recobrando súbitamente la noción de las cosas—. No puede hacerme eso a mí. Ni siquiera le conozco...

—Pero yo sí te conozco. Ya sé lo que hiciste ayer y me basta. Un plomo en el seso es casi demasiado benévolo para ti. Merecerías reventar a fuego lento, a la brocha, ¿te enteras? Tienes suerte que no me sobra tiempo. Yo quisiera estrangularte poco a poco, con mis propias manos, durante minutos, y dejarte respirar un poco, para volver a empezar... Y así durante horas...

Sacudido de temblores nerviosos, objetó el abogado:

—Veamos, veamos, no hablará en serio.

Era lo único que se le ocurría decir.

—Ya lo vas a ver si hablo en serio.

—No, Tino, a mí tampoco me parece serio.

Era Bruno Fripon el que acababa de hablar.

—¿Cómo dices?

—Reflexiona unos segundos, Tino. Cargártelo como pretendes, ¿qué beneficio te reporta? Ninguno. No estoy de acuerdo.

—Allá tú, estés o no de acuerdo. Soy yo el que decide, amigo.

El tono se encrespaba entre los dos corsos.

—Cuidado, Tino, porque estimo que yo también tengo derechos sobre este tipejo. Antes que tú, supe que era él quien había suprimido a la rubia de las trenzas. Antes que tú, le dije dos palabras. El puede confirmarlo. Tanto es así, que hasta teníamos cita a la salida del teatro, para discutir de negocios.

—Discutir de negocios, ¿eh? Pero ¿me tomas por un monaguillo, Bruno? Discutíais de negocios, ¿eh? Y si no llegó a intervenir, el verraco ése te vuela el seso como a un palomino.

—Si no hubieses mezclado a Natalia en todo el asunto, no me habría fallado el negocio.

—Hasta aquí aguanto, Bruno. Yo soy un tipo correcto, y cuando aterrizaste aquí, enviado por compadres de París, no me opuse para ayudarte a camuflarte. Pero no abuses. Vete al Bingo con Natalia, y deja que yo me ocupe de este marrano. Nada más. ¿Está claro?

—Escucha, escucha un poco, Tino. Esta basura tiene dinero. Es preciso que lo escupa. De otro modo, seríamos tontos. Y para que veas que yo también soy correcto, estoy dispuesto a repartir contigo al cincuenta por ciento. Después harás con él lo que se te antoje, pero antes quiero que abra su caja fuerte.

Clement entrevió una posible escapatoria.

Aprobó, solemne:

—Bruno tiene razón. Estoy dispuesto a pagar. No tengo quizá tanto dinero como podáis pensar, pero de todos modos, podemos llegar a un buen entendimiento.

—¿Ves tú, Tino? El mismo está de acuerdo.

—Pero yo no. Las cuestiones sentimentales y las cuestiones monetarias para mí son dos cosas muy distintas. Vamos, tú, leguleyo, andando, que te llevo a pasear de cabeza al agua.

Le dio un empujón a Clement.

Intervino Fripon:

—No.

—¿Qué dices tú?

—Digo que no.

Y Bruno Fripon empalmó rápidamente el «Beretta» del nueve

corto que llevaba al cinto, bajo su amplia hopalanda roja.

Casi simultáneamente, la «F. N.» de Mircos apareció.

Los primeros balazos ladraron en un solo petardeo seco.

Alcanzado en estómago y vientre, Fripon cayó hacia atrás, tras iniciar una especie de honda reverencia.

Tino Mircos había dado un salto lateral apenas el otro corso había repetido su negativa.

Con su ágil esquivas se había librado de encajar las dos balas.

Pero en la nieve, apoyándose en un codo, Fripon vació su cargador.

Tino Mircos sintió las mordeduras quemantes en su brazo y en el pecho. A su vez, se dobló hacia adelante como una marioneta, rotos los hilos, y quedó de bruces contra el suelo blanquecino que fue enrojeciéndose.

CAPÍTULO XIV

Natalia Dax se había arrojado al suelo, chillando.

Casimir Clement, al ser empujado por Mircos, resbaló en la escarcha, yendo a caer piernas en alto contra la pared lateral de la tapia que circundaba el solar abandonado.

Apenas se extinguió el eco del último disparo, Clement caminó a gatas rápidamente, hasta recuperar del bolsillo del abrigo del yacente Mircos su viejo revólver paternal.

Y cuando Natalia se puso en pie, medio mareada, fue para sentir bruscamente una presión que la sobresaltó.

Entre su trenza izquierda y la mejilla, contra el cuello, el tibio cañón del revólver subía y bajaba lentamente unos centímetros.

—Pero, oiga, abogado...

—Vamos, vamos, no hay que demorarse más. Andando.

Tiró de ella, cogiéndola por el codo.

En lo alto de la encrucijada se oían voces. Los disparos habían alertado a algún transeúnte.

Clement y Natalia apresuraban el paso en dirección opuesta.

Ella, obligada por la temible presión intermitente del revólver.

En la esquina de la calle desierta llegaron a la ribera.

El río continuaba acarreado pedazos de hielo. Una brisa cortante soplaba entre los juncos.

Natalia se estremeció.

Pensaba agitadamente. Tenía que hacer algo. No podía llevarle la contraria a aquel demente peligroso. Tenía que fingir.

Dijo, insinuante:

—Estuviste muy valiente.

—Sí, claro... ¿Y cómo estás tan fresca?

—¿Eh? ¿Fresca, yo?

—Uno de los dos muertos fue tu novio.

—A la fuerza. Cuando le conocí yo era una estudiante alocada.

No sabía que él era un sujeto canallesco, y después ya era tarde. Oye, ni siquiera sé cómo te llamas.

—Clement.

—Me refiero a tu nombre de pila.

—¡Clement!

—Bueno, bueno. ¿Qué te propones ahora, Clement? ¿No se te habrá ocurrido... matarme, verdad que no?

—Nadie lo va a impedir.

—Sería un gran error. No sabes lo que te pierdes.

Y febrilmente, inventó ella:

—Soy joven, pero tengo una experiencia bárbara. Conozco el amor a la tahitiana, el

«pilú-pilú»

de la India y las danzas de Waikiki...

—Interesante, interesante, pero ¿y a mí qué? A mí solamente me interesa tu cabello, tus dos trenzas.

—Por esto mismo, Clem. Figúrate que te doy mi cabello voluntariamente y que dócilmente, sin violencias, soy tu esclava, tu alfombrilla, tu rendida admiradora...

—¿Y por qué me admiras?

—Eres... valeroso, y desafiaste a toda la ciudad.

—Eso es. Eres inteligente y muy bonita, Natalia.

—Puedes llamarme Nati.

Intentaba ella calcular el momento propicio en que pudiera arrebatarse el arma al demente.

—Llévame a tu piso, Nati.

—Vamos allá, Clem.

—¿Está lejos?

—A dos calles del Bingo. Atajando por la plaza de la catedral, no tardamos ni diez minutos.

—Tardaremos menos siguiendo la ribera hasta el puente. Prefiero evitar el centro.

Casimir Clement acarició casi con ternura la mejilla de Natalia.

Pero con el cañón del revólver.

—Eres bonita, y como mujer, mentirosa y traidora. Si crees que vas a engañarme y al menor descuido quitarme la pistola, será tu último y definitivo engaño.

—Pero ¿por qué iba yo a engañarte, hombre? Ahora soy una

chica sin compromiso, y un abogado como tú es de mi calibre intelectual. Yo cursé hasta segundo de filosofía pura.

—Entonces procura ser cartesiana y pragmática. Si nos encontramos a alguien por el camino, te supongo lo bastante lista para no obligarme a vaciarte el cargador en la sien.

—Tú mandas, Clem. Ya te he dicho que quiero ser tu sumisa esclava.

La hopalanda roja y el abrigo de falsa pantera se esfumaron por la bruma que acudía desde las oscuras aguas del río.

Sentada en una silla blanca en un pasillo del hospital, Fausta Regiani sollozaba mansamente, ceñida en su largo chaquetón de legítimo astracán.

Respingó al chirrido de la puerta de doble batiente que se abría empujada por el inspector Georges Gramont.

Secándose los ojos con un pañuelito convertido en bola, indagó ella:

—¿Hay esperanzas?

—Las hay. Tino está sobre la mesa del quirófano, y, según los médicos, se salvará.

—¿Es de verdad o me lo dice para darme gusto?

—Que yo sepa, no veo la razón por la que deba yo darle gusto, Fausta. Es más, mientras usted y su marido se comportaban normalmente, le consta que los dejé en paz. Pero si se empeñan en convertir la ciudad en un matadero, la cosa cambia.

—Yo no abandoné el mostrador, salvo diez minutos para ir a comprar botillería. En cuanto a mi Tino, seguro que lo atrajeron a una emboscada. Ya hace tiempo que dejó la camorra. Aquí llevaba una vida tranquila, sin que le faltase nada. ¿Por qué iba a buscarse líos?

—Pues lo siento porque ahora está metido en líos hasta la nuez.

La todavía lozana y exuberante Fausta reanudó los sollozos.

Gramont cogió una silla por el respaldo y la cabalgó.

—Si por lo menos Tino se mostrase comprensivo, sería otra cosa.

—¿Comprensivo? Parece mentira, inspector, que un joven como usted, listo y talentado, diga esto. O sea que espera que alguien al que están casi abriendo en canal, se muestre comprensivo, cuando ni siquiera sabe cómo se llama y a lo mejor está agonizando.

—Sin melodramas, Fausta. Fui yo el que acompañó a Tino hasta

aquí, en la ambulancia, y conservaba toda su lucidez entonces. Hasta podía hablar un poco, pero no quiso.

—¿Y de qué quería usted que le hablase?

—Que por lo menos me diera una pista sobre el individuo con el cual intercambié balazos. Ale refiero al muerto. Un Papá Noel. Pero, al parecer, este Papá Noel que no lleva documentación encima, ha caído del propio cielo, anticipándose a la fecha.

—¿Cómo? ¿Dijo usted un Papá Noel?

—Esto dije.

—¿Podría echarle un vistazo al pájaro ése?

—Es factible. Venga conmigo.

Se levantó ella, drapeándose en su mullido abrigo.

Gramont la precedía por corredores blancos, donde los enfermeros del turno de noche dormitaban ante novelas o periódicos.

Llegaron a la sala que servía de depósito.

A su señal, el enfermero de vigilancia salió.

Gramont alzó la sábana que cubría el cadáver de Bruno Fripon, ya desprovisto de barba y disfraz.

Fausta Regiani estaba lívida.

De pronto, avanzó disponiéndose a escupir hacia el muerto.

Gramont la retuvo por ambos codos.

—¡Eh, eh, calma, mujer!

La apartó de la mesa de mármol, con esfuerzo, porque la corsa rondaba los ochenta kilos y estaba francamente indignada.

—¿Calma? ¿Cómo puedo tener calma cuando me encuentro frente al canalla que ha asesinado a mi Tino?

—Alto, que por el momento el asesinado es éste. No hay que exagerar.

—¡Canalla! Recibió lo que se merecía. No sé lo que ocurrió, pero lo que sí puedo decirle, inspector, es que Tino no hizo sino defenderse. Legítima defensa.

—A mí lo que más me interesa saber es la identidad de éste.

Fausta tuvo un instante de vacilación.

Se decidió, endurecidas las facciones.

—¿Y por qué no? De todos modos, la policía de Francia tiene las huellas de este desagradecido, o sea, que más tarde o más temprano se iba usted a enterar.

—¿Desagradecido? ¿Qué tenía que agradecer éste?

Llevándola del codo, la sacó de la sala.

—Hable, Fausta.

—Se llama Bruno Fripon. Se fugó de Juvisy. Y si mi Tino no fuese tan buenazo, lo habría enviado a la porra cuando se presentó en nuestro bar.

—Lo cual quiere decir que le facilitasteis un escondite. ¿Era amigo vuestro?

—De nada. Era amigo de... de un amigo nuestro de París. Y si quiere saber más, bastará que le pregunte a mi Tino, cuando despierte, si es que nunca vuelve a despertarse, el pobre. Yo ya he dicho todo lo que tenía que decir.

—Bruno Fripon, evadido de la central de Juvisy...

Y de pronto, frunció Gramont las cejas. Parecía nervioso, inquieto.

—¡Cuidado, Fausta! Se acabaron las contemplaciones ahora. Va usted a decirme, pero rápido, si es verdad o no que una muchacha pelirroja llamada Natalia Dax estaba aterrorizada por Bruno Fripon. Vamos, pronto.

Rencorosa, afirmó ella:

—Bruno era un maleante cobarde. La chica que usted menciona, Natalia, hace cuatro años, siendo estudiante, conoció a Bruno. Le pareció un tipo interesante, de bandido romántico, ¿comprende? Se hicieron novios. La familia de Natalia la echó a la calle. Luego detuvieron a Bruno. Y ella se fue de París, atemorizada. Los amigos de Bruno le hicieron saber que era su obligación esperar fielmente el regreso de Bruno algún día, o en caso contrario, la liquidarían. Ésta es la verdad, la pura verdad, inspector.

CAPÍTULO XV

En su piso, apenas entraron, Natalia Dax señaló la gran estantería que forraba una pared.

—Puedes escoger. Hay surtido.

Casimir Clement fue rectamente a coger un frasco de ginebra. Bebió al gollete. Sentíase triunfador, todo un hombre.

Desde que abandonaron la ribera del río, la pelirroja no había hecho el menor intento de escapar ni de quitarle el revólver.

Le dedicaba a instantes ojeadas lánguidas.

Resplandecía el cabello rojo. Las dos trenzas eran dos deliciosos tesoros.

Quitándose el abrigo, a un lado del diván, en pie, sonrió ella.

—Ya puedes quitarte esta ropa, Clem. Con toda confianza, ¿sabes?

La esperanza de Natalia Dax era lograr embriagar al abogado, que por lo visto sentía una sed intensa.

Bebiendo nuevamente al gollete, pero sin dejarla de encañonar con la otra mano, Casimir Clement pensó que aquella pelirroja era muy bonita. Y a lo mejor... era distinta a todas.

Sin soltar el frasco, chasqueando la lengua, comentó Clement:

—Ya oí hablar de ti. La profesora de idiomas. Y contigo es tal vez posible charlar. Bebe conmigo, Nati... ¡Vamos!

El abogado rellenó una copa.

Trató Natalia de contonearse al irse aproximando a la mesita. Sonrió:

—Charlaremos siempre que quieras, día tras día. Yo estoy muy sola, Clem. He sufrido mucho por culpa de un hombre... En fin, a tu salud, Clem.

Bebió un sorbo.

Se trataba de emborracharle a él, no de emborracharse ella.

La repentina pregunta del abogado parecía disparatada:

—¿Conoces a Schopenhauer?

—Algo. No tenía nada de feminista. Si no me equivoco, sostenía la tesis de que la mujer era un animal de cabellos largos e ideas cortas.

—Exacto. Tus cabellos son muy largos, Nati.

—Y muy tuyos, Clem.

—¿De veras? ¿No serán postizas tus trenzas?

—Nada es postizo en mí, Clem.

—Suéltate las trenzas. Quiero comprobarlo.

—Como quieras.

Alzando los brazos, fue ella desanudándose una trenza. La soltó. El pelo rojizo cayó como una cascada sedosa.

—Estira.

—¿Eh, Clem?

—Déjame estirar.

—Bueno, pero no muy fuerte.

Alargó Clement la zurda y estiró bruscamente.

Gimió ella. Involuntarios lagrimones saltaron de sus ojos.

Satisfecho, opinó Clement:

—Es verdad. No son postizas. Magnífico, Nati. La otra también.

Mientras ella iba destrabándose la otra trenza, los ojos bizcos del abogado maquinalmente leyeron los títulos en los lomos de libros alineados entre el estante con el tocadiscos y la licorera.

La incógnita del hombre, La problemática de la mujer moderna, El sadismo de nuestra adolescencia, y no faltaban los consabidos Sartre, Marcuse, Simone de Beauvoir...

Esperaba la reacción traicionera femenina.

Fingía no mirarla. Ignoraba que una de sus defectuosas pupilas, aun queriéndola desviar, se hincaba en el rostro de Natalia.

La pelirroja, que se disponía a saltar para quitarle el arma, fingió inclinarse para recoger del suelo un libro.

Al hacerlo vio la pupila fija en ella y abandonó su propósito.

Colgante la opulenta masa de cabellos, no sabía que hasta entonces el maníaco titubeaba en atacar, ya que a sangre fría no albergaba violencia el seso desequilibrado de Casimir Clement.

Pero la masa abundosa de cabello suelto desencadenó el instinto de aberración.

Abatió la culata en la cabeza femenina.

Natalia Dax quedó inmóvil, tendida de bruces.

Clement rió complacido. Soliloqueó:

—Buscabas el momento propicio para engañarme, pécora. Sois todas iguales.

Sacaba del bolsillo las tijeras. Se inclinaba.

El culatazo propinado por un brazo débil y amortiguado por la espesa cabellera, le había dolido, pero poco, a Natalia Dax.

En rápido escorzo, rodó ella por la alfombra.

Las tijeras de bordar chasquearon en el aire. La zurda abierta que Clement tendía hacia los cabellos se cerró en el vacío.

Y saltando en pie, se abalanzó Natalia a la mesita sobre la cual había dejado Clement el revólver.

Lo empuñó con ambas manos.

—¡Quieto, Clement! Muy quieto, o te abro un boquete en la frente, o en la garganta, o donde sea... Pero no te muevas. Cuidado conmigo.

En aquel momento golpearon repetidamente en la puerta.

Respingaron ambos.

Natalia fue retrocediendo a un lado hasta llegar junto a la puerta. Sin dejar de encañonar a Clement, indagó:

—¿Quién?

—¡Gramont! ¡Abra, Natalia!

Natalia abrió.

El inspector Gramont entró en tromba.

Se detuvo en mitad de la sala, atónito.

Contemplaba alelado al Papá Noel.

Y de soslayo le aturdió aún más ver a la pelirroja sosteniendo con ambas manos un revólver de ordenanza, anticuado.

—Este hombre es el cazador de trenzas, inspector... —afirmó ella.

Casimir Clement estaba como petrificado.

Gramont alargó la zurda y tiró hacia abajo de la barba de estopa.

—¡Diantres! ¡El abogado Clement! Pero es imposible... Este hombre es un infeliz, un consentido de su mamá, un apocado... Es incapaz de nada.

Casimir Clement se irguió ofendido.

—Modere su lenguaje, inspector. Sepa que no admito conceptos

falsos. Sepa que soy capaz de mucho más que cualquier ordinario y vulgar ciudadano.

Se iba despojando de la hopalanda y la tiró con la barba postiza sobre el diván, en el que fue a sentarse.

Muy dignamente, muy dueño de sí mismo, explicaba, explicaba, confesándolo todo, reconociéndose autor de la muerte de Agnes Dax, y de Néstor, y del envío de tres cartas anónimas.

Pese a todo, sintió el inspector Gramont cierta pena.

Aquel pobre individuo, ante el tribunal, iba a ser el más convincente y complaciente de los culpables.

Natalia telefoneó. Dos agentes se llevaron al cazador de trenzas. Seguía afirmando que deseaba que tomasen buena nota por escrito de cuánto quería declarar, para que la verdad resplandeciese.

El inspector Georges Gramont dijo a los agentes que no tardaría en ir a comisaría.

A solas con Natalia, dijo con cierta sequedad:

—Jugó una partida muy peligrosa usted.

Ella había acabado de recogerse el pelo en torcida formando rodete a la nuca.

Apuró el resto del *gin-tonic*.

Y sonrió sinceramente.

—¿Por qué me hablas tan ceremoniosamente, Geo? Cuando me conociste, me agradó tu espontánea presentación. Dijiste que creías en el flechazo, que eras un romántico, que tratabas de disimularlo, y que yo... te hacía tilín.

—Me enviaste a hacer gárgaras.

—Porque... como en los seriales de la televisión, yo tenía un secreto que me impedía comportarme como hubiese deseado.

—¿Y cómo deseabas comportarte?

—Sencillamente, diciéndote que si bien no flechada del todo, me tenías medio entusiasmada. Tal vez porque eras decente, nada feo y licenciado en pedagogía.

—¿Cómo lo sabes?

—Hice mis indagaciones.

—Yo también. Supe que habías sido novia de Bruno Fripon en París. Y deduje que odiabas, lógicamente, a la policía.

—¿No adivinaste que me gustabas, Geo? ¿No adivinaste que podría llegar a quererte horrores, pedagogo de mi alma?

Hablaron incesantemente, en breves frases.

Almas gemelas, aseguró Geo Gramont, con la convicción de que acababa de decir algo genial, único.

Y de pronto, recordó su obligación. Levantándose, manifestó:

—Voy a la rutina. Y vuelvo apenas pueda. Pienso regresar a París. Tengo posibilidades de una colocación formidable.

En pie frente a él, murmuró la pelirroja:

—No es manía, sino temor de quedarme viuda pronto, Geo. En tu profesión, la esposa debe pasarlas canutas.

—No lo sé. Supongo que sí y que no. Pero me ofrecen cátedra de psicología técnica en el Lycée Condorcet. Me agrada...

Poco después, tras el primer beso fugaz y muy grato, añadió:

—Por lo menos, para nosotros dos llegó el legítimo y amable Papá Noel.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispensa
a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

